

**ENSEÑANDO EN MEDIO DE LAS BALAS:  
CUATRO DOCENTES QUE DECIDIERON NO CALLAR.**

**AUTORA:**

**MANUELA MARTÍNEZ BELALCÁZAR**

**TRABAJO DE GRADO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE COMUNICADOR (A)  
SOCIAL**

**ÉNFASIS: PERIODISMO**

**DIRECTOR DE TRABAJO DE GRADO: DANIEL GUILLERMO VALENCIA**

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA  
FACULTAD DE COMUNICACIÓN Y LENGUAJE  
COMUNICACIÓN SOCIAL**

**BOGOTÁ 23 DE NOVIEMBRE DE 2015**

Bogotá 23 de noviembre de 2015

Señora

**MARISOL CANO BUSQUETS**

Decana Académica

Facultad de Comunicación y Lenguaje

Pontificia Universidad Javeriana

Bogotá

Cordial saludo

Por medio de la presente carta quiero presentarle mi trabajo de grado para optar por el título de Comunicador (a) social con énfasis en periodismo. El trabajo de grado se titula *“Enseñando en medio de las balas: cuatro docentes que decidieron no callar”* y consta de unas crónicas en las que cuatro docentes del Valle del Cauca narran sus experiencias enseñando en escuelas en zonas rurales en medio del conflicto armado entre 1999 y 2006. Este trabajo constituye un ejercicio para descubrir la forma en la que el conflicto armado afectó la educación colombiana, por medio de las experiencias de estos docentes que revelan como ellos también fueron un blanco en el conflicto.

Cordialmente

**Manuela Martínez Belalcázar**  
**CC. 1032468930 Bogotá.**  
**Estudiante de comunicación Social**  
**Énfasis en Periodismo**

**Artículo 23**

“La Universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por los alumnos en sus trabajos de grado, solo velará porque no se publique nada contrario al dogma y la moral católicos y porque el trabajo no contenga ataques y polémicas puramente personales, antes bien, se vean en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”

*Artículo 23 del Reglamento Académico*

## AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a tres amigos muy especiales: a Alexander por inspirar, sin proponérselo, este trabajo y por haber estado pendiente de su desarrollo durante todo el tiempo que me tomó lograr lo que quería; a Horacio y Ángela por su ayuda, interés y conocimientos.

También quiero agradecer mi familia por su apoyo constante durante estos cuatro años de carrera, pero sobre todo a mi mamá por estar en cada uno de mis proyectos, por su paciencia y compromiso con este trabajo y por haber corrido los mismos riesgos que yo buscando a los protagonistas de esta tesis. Sin su colaboración y sin su fe inquebrantable en mí, jamás habría podido llegar a los lugares de mis historias ni tampoco a muchos de los personajes.

Por último quiero agradecerles a Gonzalo, Anabel, Humberto y Alex por haber tenido la valentía de contarme sus experiencias, de romper el silencio a pesar del miedo que les produjo y por dejarme entrar no solo a sus casas sino también a sus vidas, espero que estas crónicas le hagan justicia a su valentía.

*Este trabajo está dedicado a Alfonso, Rodrigo y Jorge, porque parte de lo que fueron también llena estas páginas.*

## **Tabla de contenido**

<b>I. INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>4</b>
<b>II. MARCO TEÓRICO</b>	
El conflicto armado en Colombia .....	9
<b>III. CAPÍTULO I</b>	
Libros y armas: La valentía en Alaska.....	51
<b>IV. CAPÍTULO II</b>	
Guerra en papeles y denuncias ignoradas .....	73
<b>V. CAPÍTULO III</b>	
Enfrentarse por la escuela y vivir para contarla .....	92
<b>VI. CAPÍTULO IV</b>	
El miedo no cerró la escuela.....	109
<b>VII. CONCLUSIONES</b>	
Lo que sus historias nos dejaron .....	123
<b>VIII. BIBLIOGRAFÍA.....</b>	<b>131</b>

## **Introducción**

Hacia el año 2000 muchas zonas de Colombia eran un campo de batalla en manos de los paramilitares, las FARC, el ELN, el Ejército y otros grupos que de vez en cuando metían la mano en la guerra.

Para ese entonces mi abuelo Rodrigo tenía una finca llamada El Paraíso que quedaba por la vía a Tumaco, un municipio con fuerte presencia paramilitar. La finca era extensa y eso la convertía en un sitio atractivo para hacer campamentos, por lo que mi abuelo para molestia de toda la familia tenía que bajar a la zona a ver que alguno de estos grupos no se la quitaran.

Quince años después me acuerdo que salía a las cuatro de la mañana hacia Tumaco y regresaba de nuevo a la casa a las once o doce de la noche. Dos noches en las que estuve con mi abuela, él no llegó.

En medio de la angustia de una niña de seis años para quien su abuelo era el centro de su mundo, el tic tac del reloj marcaba las horas que yo no sabía nada de él. Acostada en la cama al lado de mi abuela me preguntaba que podía haber pasado, miraba hacía el teléfono temerosa de que sonara llevando malas noticias y al mismo tiempo me preguntaba qué estarían pensando las familias de aquellos otros desconocidos que como mi abuelo no habían regresado a sus casas. En esas dos ocasiones las famosas “pescas milagrosas” y la quema de un bus en la vía habían impedido que llegara.

Sin embargo, su historia y mis sentimientos no fueron los únicos que me llevaron a escoger este tema, a medida que crecía mi mamá y mi tío que trabajan en zonas rurales de Nariño, me contaban como la guerrilla se había tomado los pueblos o habían puesto una bomba en el puesto de salud. Sin

ellos saberlo, sus historias hicieron que me preguntara por las vidas de estas personas que se quedaban ahí en medio de la guerra, por lo que recordaban o sentían en aquel entonces y creo que desde ahí, hace ya muchos años esta curiosidad y este camino se fueron construyendo.

Hace tres años conocí de cerca el trabajo que hace la Unidad de Víctimas y me di cuenta de que nunca había entendido a ciencia cierta la dimensión del conflicto armado colombiano, más allá de lo que mi memoria me permitía recordar, hasta que gracias a ellos me encontré cara a cara con las víctimas de estos cincuenta años de guerra y hasta que vi las sonrisas en sus rostros a pesar de sus historias difíciles y del dolor. El choque de ver una Colombia diferente, con la que no me identificaba pero que me hacía valorar lo que había tenido hasta el momento y que me hacía guardar la esperanza de que si se puede salir a delante sin importar lo difícil del pasado, me motivaron a escoger un tema tan amplio como complejo para mi trabajo de grado.

Después de escuchar a muchas de estas personas y de sentir mi corazón volverse pesado como una piedra en mi pecho, me di cuenta de que era necesario que no solo yo conociera estas otras realidades y me enfrentara a ellas, sino también que era imperativo que más personas supieran de ella, no para que se compadecieran sino para que se motivaran por aquellas personas que han sido muy valientes.

Alguna vez cuando mi padrastro trabajaba como profesor de matemáticas en una de las sedes de Tablones allá en el Valle, lo escuché decir que de vez en cuando los árboles cambiaban de sitio, sabía lo que significaba aquella frase, pero no fue sino hasta que subimos a la escuela para celebrar la fiesta de fin de año que mis ojos, guiados por los de mi mamá, encontraron a estos árboles inquietos que cambiaban de lugar, dándome cuenta por primera vez que el conflicto no estaba en las selvas lejanas y profundas que yo creía.

Hace dos años en mi clase de crónica y reportaje, entrevisté por primera vez a un maestro que había estado en una de estas zonas de conflicto, había pasado varios días pensando sobre qué hacer el trabajo me topé con su historia camuflada bajo una mirada tranquila y sonrisa sincera. Ver la sorpresa en los rostros de mis compañeros y su admiración hacia mi personaje cuando terminé la exposición sobre el tema, me hizo darme cuenta de que a pesar de que del conflicto armado colombiano se ha hablado mucho, poco se ha dicho sobre los maestros y sus historias. Fue en esa clase de más de dos horas en la que decidí que ese iba a ser el tema de mi tesis, porque quería contribuir con mi trabajo a reconstruir la memoria del país, a que las historias de estas personas no se quedaran en el olvido y pensé que no había mejor forma de hacerlo que a través de unas crónicas, porque sabía que el periodismo no solo es inmediatez y noticias de última hora, sino que también es memoria.

Sin embargo, no podía empezar a hablar del conflicto armado en el Valle del Cauca sin entender cómo se originó en todo el país, por lo que fue de vital importancia hacer un recuento histórico del conflicto armado en Colombia desde los años cuarenta, en donde se empiezan a formar las guerrillas, hasta la actualidad en donde se negocia un proceso de paz que se espera sea exitoso. Pero no solo se narra en el marco teórico la historia del conflicto armado, sino que también se lo va enfocando hacia el Valle del Cauca, departamento en el que se desarrollan las crónicas y que según la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las víctimas, es el tercero con más víctimas registradas en todo el país. El autor bajo el cual escribí la primera parte de este texto es Marco Palacios, quien en sus libros ha analizado a los diferentes actores de este conflicto bajo varios ángulos, mirando la forma en la que ha afectado a la comunidad, desde un punto de vista imparcial, que me permitió un acercamiento más puro a los hechos.

Quise hacer de estas crónicas algo vivo en las que mi voz y mis posibles prejuicios se difuminaran y en las que solo se escuchara la voz de los protagonistas, porque sabía que mis palabras y mi experiencia no eran ni de cerca suficientes para abarcar la profundidad y complejidad de sus realidades y sentimientos. Es por esta razón que las entrevistas en forma de diálogo con los cuatro docentes fueron de vital importancia para conocerlos más a fondo, para saber sus miedos, así como a sus fortalezas, sin embargo, sentí que se me podía perder el contexto, las descripciones del entorno, así como las vivencias de quienes junto con ellos habían vivido esta guerra, por eso en lugar de quedarme solo con las entrevistas, escogí hacer crónicas, porque sentí que en ellas podía expresar mejor no solo la historia del docente sino también esbozar un poco de la historia de estas comunidades.

Llegar hasta los protagonistas de esta tesis fue una mezcla de conocidos y del azar, a Alex lo conocí hace tres años y su historia fue la que me inspiró a indagar más en las condiciones de estos docentes que estuvieron enseñando en medio del conflicto, desde un principio tuve claro que su historia tenía que estar presente en este trabajo, no obstante a los otros personajes los encontré gracias a amigos de la familia, que de no haber sido por ellos ni Gonzalo, ni Anabell, ni Humberto habrían hablado conmigo por lo complejo del tema en materia de su propia seguridad; aun referenciada por sus conocidos tuve que explicarles más de una vez para qué eran sus relatos y porque era importante para mi contar con sus historias. Después de horas hablando con ellos y de pensar que a lo mejor no iba a poder lograr las entrevistas, aceptaron con una pequeña chispa de desconfianza en lo profundo de su mirada. Supe que no podía visitar las zonas donde se habían desarrollado las historias yo sola, por el difícil acceso y por cuestiones de seguridad, así que acompañada por mis entrevistados conocí estas montañas y pude hablar con algunas personas de la zona, que de no haber sido por los docentes que me acompañaron no me habrían dicho nada más que un amable saludo.

Me propuse recolectar toda la información posible durante ese mes y medio que estuve en el Valle ya que el conjunto me podía brindar una idea más clara de cómo fue la situación del departamento, sin embargo me topé con una falta de cifras oficiales sobre la violencia y los docentes en la zona.

Después de realizar esta tesis considero que el aporte de este trabajo de grado al campo de la comunicación y del periodismo es la posibilidad de contribuir a la reconstrucción de la memoria histórica del país, así como de observar y entender los discursos que circularon en la sociedad y en las escuelas durante este periodo de exacerbación de la violencia, brindando elementos no solo para transmitir información sino también para analizar y comprender desde que posición se leen, entienden y apropian los diferentes contenidos que circulan en torno al conflicto armado en los medios de comunicación. Conocer estas historias es importante porque permite informarle a la comunidad aquello que pasó en su país para que puedan tener conocimientos más amplios sobre su historia y así puedan tomar posición e influir sobre su realidad.

Habría sido maravilloso poder encontrar historias de docentes en diferentes zonas del país que den cuenta como se vivió el conflicto desde sus escuelas y sus departamentos ya que brindarían un panorama mucho más amplio de la forma en que la educación ha sufrido durante estos cincuenta años de guerra. Un trabajo que recopile historias de todas partes del país sería un ejercicio de memoria maravilloso que propondría una reflexión sobre los verdaderos roles que han tenido que asumir los docentes en la sociedad actual.

*“Enseñando en medio de las balas: Cuatro docentes que decidieron no callar”* consta del recorrido histórico por el conflicto armado en Colombia que se encuentra en el marco teórico, seguido por el primer capítulo que se titula *“Libros y armas: la valentía en Alaska”*, que se relata la historia

de Alexander Santa quien en un pueblo tomado por los paramilitares tuvo que buscar nuevas formas de vivir y enseñar bajo el terror. El segundo capítulo se titula “*Guerra en papeles y denuncias ignoradas*” es el relato de Gonzalo Cobo quien fue director de núcleo en la zona de Pradera y quien a medida que se iba intensificando el conflicto tuvo que ver como sus docentes arriesgaban sus vidas sin que a las autoridades les importara; en el tercer capítulo que se llama “*Enfrentarse por la escuela y vivir para contarla*” narra la historia de la profesora Anabell en el corregimiento El Cabuyal, quien se enfrentó más de una vez a los comandantes de los grupos de la zona para poder seguir dando clase en su escuela. En el cuarto capítulo titulado “*El miedo no cerró la escuela*” está la historia de la historia de Humberto en el corregimiento de Combia en la que se relata cómo ni el miedo, ni las crisis nerviosas producidas por la incertidumbre de no saber si se vivirá otro día fueron suficientes para evitar que este docente se alejara de los salones de clase. Por último, en el capítulo final están las conclusiones a las que llegue después de hacer este trabajo y mi experiencia acercándome a estas historias y personajes que a lo largo de los relatos me demostraron que están hechos de acero.

## **Marco teórico:**

### **El conflicto armado en Colombia**

Durante el último siglo un sin número de eventos, en su mayoría violentos, marcaron la historia colombiana. Dictaduras, estados de sitios, masacres y genocidios son algunos de dichos sucesos que hoy en día sirven como puntos de referencia para comprender los inicios de esta violencia tan arraigada en la sociedad colombiana y así mismo poder determinar a qué elementos ha recurrido para mantenerse durante tantos años. Sin irnos más atrás abordaremos el conflicto armado colombiano desde 1940 hasta nuestros días.

El periodo previo a la conformación del Frente Nacional fue conocido como *La Violencia*, término utilizado para designar un periodo histórico marcado por una fuerte violencia bipartidista, en la que fueron frecuentes las masacres a familias, la destrucción de cosechas y la conformación de grupos armados legales e ilegales que sometían territorios completos y cuyas personas fueron víctimas de acciones vengativas por motivo de sus inclinaciones políticas, “en las regiones andinas y los llanos orientales, un 40% de la población padeció directamente su impacto” (Palacios, 1995). En aquel entonces el país estaba amenazado por todos los flancos posibles, la cifra de cuerpos iba aumentando cada vez más. Laureano Gómez sería elegido como presidente en 1950 y al poco tiempo decretaría un estado de sitio en el país, el cual disolvería el congreso y las asambleas departamentales, cambiaría el sistema de votaciones de la Corte Suprema de Justicia y decretaría la censura a la prensa hablada y escrita, el estado de sitio duraría hasta 1958, año en el que se lo levantaría

brevemente. Este periodo de violencia bipartidista traería serias consecuencias para la sociedad ya que minaría la confianza en las instituciones nacionales y en sus autoridades, promovería el clientelismo, la impunidad y destruiría las bases morales de la política ya que gran parte de estos grupos armados que surgieron, contaron con el apoyo de dirigentes políticos en diferentes zonas del país.

El gobierno de Laureano Gómez dejó los intereses de muchos grupos sociales por fuera, en especial los de las Fuerzas Armadas, es por esto que el 13 de junio de 1953 el General Gustavo Rojas Pinilla, apoyado por un amplio sector de la oposición conservadora, anunció el golpe de estado, que causó gran revuelo en el país, sobre todo en los grupos liberales porque este les ofrecía amnistía e indulto a presos políticos y guerrilleros levantados en armas y anunció la restauración de la libertad de prensa. La ANAC, Asamblea Nacional Constituyente, decretó en esa misma fecha el nombramiento como presidente del General durante un año, hasta que se determinara que el país se encontraba en las condiciones adecuadas para unas elecciones, y se encontrara el candidato adecuado para sucederlo en el poder, candidato que sería elegido por esta organización.

No obstante el periodo presidencial del General Rojas Pinilla se extendió durante más tiempo. En un primer momento, mientras que por un lado las cifras de la violencia disminuyeron considerablemente, por el otro su gobierno atacó firmemente la corrupción en varias zonas del país, creó organismos especializados para atacar la impunidad surgida durante este periodo de tiempo y fortaleció las fuerzas militares y policíacas en todo el

territorio nacional. Aunque este régimen militar contaba con el apoyo de grupos sociales importantes, no faltó la oposición a cargo de los *Laureanistas* y otros miembros del partido conservador que no estaban de acuerdo con sus prácticas, sin embargo “la pacificación del llano, la bonanza cafetera, la estabilidad monetaria el flujo continuo de los empréstitos internacionales, eran cartas demasiado fuertes para que alguien apostara por el cambio de régimen” (Palacios, 1995).

Durante estos periodos las fuerzas armadas jugaron un papel determinante ya que cuando muchos de estos grupos, que surgieron a lo largo de los años cuarenta, fueron legalizados, el gobierno pensó que por fin tenía una fuerza armada organizada para defender a los ciudadanos, con lo que ellos no contaban era que la polarización entre liberales y conservadores estaba tan arraigada dentro de estos grupos, que usarían el nuevo poder que les había sido conferido para seguir cobrando venganza, es así como:

Muchos municipios tolimenses, vallecaucanos y caldenses de mayorías liberales soportaron la invasión de comisiones de policía, reclutadas en poblaciones conservadoras de Boyacá, Nariño y Santander. No llevaron el orden sino que fueron autores y cómplices de una secuela de abusos y crímenes. Tampoco se hicieron esperar las represalias de los cuadrilleros liberales contra veredas conservadoras inermes o contra los agentes uniformados. (Palacios, 1995)

Este conflicto entre guerrillas crearía una fuerte tensión entre territorialismo y nomadismo ya que por su modus operandi, atacaban primero a las familias incluyendo a los

miembros más jóvenes y después seguían por las propiedades. Muchas familias abandonaron sus regiones ahora controladas por estas guerrillas y se desplazaron hacia las ciudades en busca de protección. Esta ola interminable de violencia que venía afectando a la sociedad colombiana no solo dio como resultado el desplazamiento de miles de familias sino también la conformación de diferentes tipos de alzados en armas, quienes en muchos casos a raíz de sus experiencias pasadas tomaron las armas para defenderse y/o vengarse, es así como los liberales de aquel entonces clasificaron a los alzados en armas en cuatro grupos:

a) Los inocentes acosados por la persecución; b) los que ingresaron a las guerrillas por móviles políticos y no han encontrado motivos para querer separarse de ellas; c) los que en la lucha armada han incurrido en sanciones penales y no tienen confianza en la rectitud de la administración de justicia y d) los criminales de guerra que a la sombra de violencia política o de la represión oficial son responsables de crímenes atroces. (Palacios, 1995)

De esta forma es posible observar cómo estas oleadas de violencia y represión por parte de los grupos políticos solo contribuyeron a polarizar aún más el país y como estos grupos guerrilleros fueron los primeros en ser sombras entre la legalidad y la ilegalidad colombiana; financiados en secreto por caciques políticos o apelando a las emociones de las víctimas, como fuere estos movimientos tenían en su poder la clave de la legitimidad.

La sociedad de aquel entonces le atribuyó al General Rojas Pinilla la pacificación de los llanos, que en su momento estaban bajo ataque del grupo conocido como *camaradas*, quienes en 1953 desmovilizaron a 3.220 guerrilleros incluyendo una contraguerrilla

conservadora quienes entregaron las armas, se hizo la entrega simbólica, se le dio el apoyo al gobierno, pero al mismo tiempo muchos de estos líderes se reagruparon en el Sumapaz junto con campesinos de diferentes regiones para conformar los grupos de *autodefensas* encargados de defender las tierras de personas que quisieran sacar provecho de ellas. Sin embargo en 1954 empezaron a llegar reportes de que estos grupos ilegales estaban cobrándoles bonos a los campesinos cafeteros, se estaban apropiando de sus tierras y estaban controlando las ventas de café. El proyecto de pacificación del gobierno empezó a fracasar, cada vez más iban perdiendo el control del territorio y así como se formaron estas autodefensas otro grupo, *los pájaros* estaban atacando el occidente colombiano.

Este grupo ilegal tiene sus inicios entre 1947-1948 bajo la complicidad del gobierno militar y los conservadores quienes encontraron grandes beneficios en la violencia electoral de aquel entonces. *Los pájaros* nacieron en el ambiente sectario de la campaña electoral de 1947 en el Valle del cauca, específicamente en Tuluá, Cartago, Buga y Palmira, liderados por fanáticos políticos conservadores, después extenderían sus alas al norte del Valle y al Quindío y serían liderados por cualquier persona con la capacidad de tomar tierras y cometer brutales asesinatos. Como en el gobierno de Rojas no hubo elecciones, estos grupos no tenían en que ocuparse, así que se alejaron de la violencia electoral y se concentraron en asesinar a la población para imponer sus reglas respecto a la comercialización del café y a la compra y venta de fincas cafeteras. Entre sus cabecillas se destaca León María Lozano, alias *el cóndor*, un ferviente exterminador de liberales quien no solo encarnaba todos las creencias de este grupo, sino también quien sería una de las manos derechas del ejército en la “pacificación”

del Valle del Cauca. El pueblo se encontraba desarmado frente a los ataques de este grupo, por lo que para garantizar su protección, contrataron grupos guerrilleros liberales, que actuaban en el norte del Tolima.

A causa de *La Violencia* de los años cuarenta, las personas habían dejado de confiar en las instituciones, la policía y el ejército ya no eran considerados los protectores de la sociedad, de hecho las personas no sabían si los iban a rescatar o asesinar. Para cuando Rojas Pinilla fue derrocado del poder los índices de violencia habían aumentado de nuevo, los grupos armados regresaban a sus antiguas luchas y todo un grupo de personas decidieron tomar la justicia y su protección en sus propias manos. Serían los presidentes pertenecientes al Frente Nacional quienes le harían cara a las consecuencias de todos estos sucesos.

Se denomina Frente Nacional al pacto entre liberales y conservadores para turnarse la presidencia de la república durante dieciséis años, en un periodo que va desde 1958 hasta 1974. Concebido con el fin no solo de sacar a Rojas Pinilla de la presidencia sino también de combatir la violencia bipartidista, los líderes de estos dos partidos consideraron que era equitativo dividirse la presidencia asegurando la participación dentro del gobierno del otro grupo político, sin embargo, esta decisión “acentuó los principios de represión de las disidencias políticas, de control y cooptación de los sectores populares y de las clases medias emergentes, mediante la ampliación de las redes de patronazgo y clientelismo, alternativa a la reconstrucción del mundo de la ciudadanía” (Palacios, 1995).

Durante este periodo histórico la economía colombiana tendría un alza considerable debido a la bonanza cafetera, que se tradujo en la conformación de nuevas clases sociales, además se debilitó el sindicalismo, las mismas familias políticas siguieron en el poder y así mismo el miedo al comunismo llevó al empleo de medidas extremas cuyas consecuencias serían la conformación de las guerrillas de izquierda.

En 1961 el senador conservador Álvaro Gómez en uno de los debates del senado mencionó la existencia de 16 repúblicas independientes dentro del territorio colombiano, es decir, una serie de territorios al mando de líderes comunistas alzados en armas liderados por Pedro Antonio Marín Marín, alias Manuel Marulanda Vélez o Tirofijo y por Luis Alberto Morales Jaimes, alias Jacobo Arenas. Marquetalia era una de las zonas más importantes, así que en 1964 se realiza la Operación Soberanía o mejor conocida como la toma a Marquetalia en contra de un grupo de campesinos comunistas levantados en armas, que se encontraban agrupados en el corregimiento de Gaitania en el Tolima, con el fin de eliminar la amenaza. Después de varios enfrentamientos el 14 de junio de 1964 el gobierno recuperó la zona cuyo caserío había sido destruido por los integrantes de este grupo para evitar que el ejército consiguiera alguna información. Manuel Marulanda y su grupo lograron escapar pero sufrieron pérdidas considerables durante la Fuga y a pesar del triunfo no se cumplió el objetivo principal que era eliminar a Tirofijo. Cinco meses después, esta guerrilla agrupada en Riochiquito realizó la primera reunión del Bloque sur en donde se sentarían las bases políticas y militares de su actuación. Se considera que esta actuación militar fue el detonante

para la formación de uno de los grupos guerrilleros más fuertes y antiguos de Latinoamérica, las FARC.

El miedo al comunismo seguía creciendo en las altas esferas del estado Colombiano por lo que el pensamiento militar, del gobierno de turno, se enfocó en combatir la supuesta amenaza mediante el uso de fuerzas paramilitares que en 1965 ganarían un estatus legal por medio un decreto presidencial que en 1968 sería convertido en ley. El principal objetivo de la creación de estas fuerzas fue hacerle frente a las guerrillas que se estaban conformando, cabe resaltar que su uso traía muchos beneficios ya que se podían cumplir los objetivos impuestos haciendo uso de mecanismos ilegales sin que las fuerzas armadas militares se vieran involucradas. Estas nuevas guerrillas que se conformaron “fueron simultáneamente una continuación de las formas más politizadas y radicales del liberalismo en armas de *La Violencia*, una respuesta izquierdista al bloqueo político del pacto bipartidista, y una oportunidad para encontrar el nicho campesino para la revolución socialista” (Palacios, 1995). Algunos de los grupos guerrilleros más representativos en aquel entonces son:

El Ejército de Liberación Nacional o ELN fue fundado en 1964, estaba conformado por jóvenes campesinos de la zona, dirigentes universitarios y del puerto de petróleo y por dirigentes militares entrenados en Cuba. No obstante existía poca empatía al interior del grupo ya que a las personas de la región no les inspiraban confianza los universitarios llegados de la gran ciudad, “casi todos los dirigentes universitarios que se unieron a esta guerrilla terminaron fusilados por órdenes de tribunales disciplinarios integrados por sus

compañeros. Otros caerían en misiones temerarias que se les encomendaban para temprarlos en la lucha, como fue el caso del sacerdote Camilo Torres” (Palacios, 1995).

A pesar de no contar con el apoyo del pueblo este grupo se sostuvo gracias a la ayuda de Cuba y posteriormente secuestrando y cobrándole dinero a los comerciantes de la región de San Vicente de Chucurí.

En 1973 el ejército realizó la Operación Anorí que acabó con varios de los líderes principales y diezmó considerablemente las filas de este grupo hasta dejarlo casi en cenizas, sería a principio de los años ochenta cuando el grupo volvería a tomar fuerza, liderado por el Sacerdote Manuel Pérez, hasta llegar a ser la segunda guerrilla más grande de Colombia. En esta ocasión el ELN busca acercarse más al pueblo y comienza a interesarse por las luchas sociales de los campesinos, estudiantes, obreros y demás, con el fin de conformar un poder popular.

El Ejército de Liberación Popular o EPL fue creado en 1970 en un principio siguiendo una línea de pensamiento maoísta que después se transformaría en una línea de pensamiento comunista marxista-leninista. Uno de sus objetivos principales era la distribución equitativa de las tierras a los campesinos y luchar para que la economía nacional dejara de estar subordinada a Estados Unidos. En 1985 se dan las primeras negociaciones de paz con el gobierno de Belisario Betancur, que fracasan por el asesinato de dos de los principales líderes del grupo. Sería en 1991 cuando gran parte del EPL se desmoviliza y se adhiere a la vida

política conformando el partido político Esperanza, Paz y Libertad. Después de su desmovilización muchos de sus miembros fueron asesinados.

Como ya se había relatado anteriormente la toma a Marquetalia impulsó la reorganización de un grupo guerrillero que después se denominaría como Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia o FARC.

Después de las elecciones presidenciales del 19 de abril de 1970 en las que ganó el ex presidente Misael Pastrana Borrero presuntamente cometiendo fraude frente a su contrincante el General Rojas Pinilla, surge el movimiento revolucionario M-19, que por medio de diferentes actos simbólicos como el robo la espada de Simon Bolivar expresaban sus deseos de liberar a Colombia. Sin embargo, este grupo cometería delitos mucho más graves, como el secuestro de la embajada de Republica Dominicana y la toma del Palacio de Justicia en 1985.

Hacia 1970 los grupos indígenas del Cauca sufrían una gran represión por lo que decidieron organizarse y crearon el Consejo Regional Indígena del Cauca, CRIC, para recuperar las tierras que ellos consideraban ancestrales y que les estaban siendo arrebatadas. La organización en este movimiento produjo una ola aún más fuerte de represión a cargo de *los pájaros* y en vista de que sus comunidades estaban siendo atacadas indiscriminadamente los miembros de estas comunidades establecieron contacto con el M-19 en busca de ayuda, ellos les brindaron cursos de formación militar para la conformación de autodefensas, formándose el movimiento Armado Quintín Lame, que ejercía funciones de vigilancia en la

comunidad. Jesús Elbio Peña Chepe, alias Giraldo ex dirigente de este grupo sostiene que él ingresó por “la necesidad de tomar las armas para la recuperación de tierras y la lucha frontal contra los terratenientes, quienes explotaban a los indígenas como terrajeros” (VerdadAbierta, 2015). Es hasta 1984 que este grupo sale a la luz debido a una serie de asesinatos dentro de sus comunidades cometidos por miembros de la fuerza pública. En 1991 el grupo se desmovilizó.

Como se puede observar los años setentas fueron en donde se conformaron la mayor parte de las guerrillas debido a los enfrentamientos con las fuerzas paramilitares y con el mismo ejército que atacaba no solo a estos grupos sino también a la comunidad, incrementado los índices de inseguridad en todo el país.

La aparición intempestiva de tantos grupos insurgentes puso nerviosas a las fuerzas armadas militares quienes intentaron proponerle un estatuto de seguridad, parecido al argentino, al ex presidente Alfonso López Michelsen quien se negó a implementarla sin antes haberlo consultado con las altas cortes. En 1978 después del triunfo de Julio Cesar Turbay, los militares le proponen al nuevo presidente lo mismo y él acepta su implementación, el estatuto le daba carta blanca a las fuerzas militares para combatir por todos los medios al enemigo interno que amenazara los intereses nacionales. No obstante esto dio pie a que los militares consideraran que cualquier desacuerdo merecía ser castigado se generando un sin número de violaciones a los derechos humanos, fue tan amplia su aplicación que de acuerdo con los registros del ministro del interior, durante el primer año fueron detenidas 60.000

personas. “El blanco fue la izquierda, en particular la izquierda armada, más que las redes de narcotraficantes o secuestradores, empero, la permisividad frente a estos era tan internacional como colombiana” (Palacios, 1995). Debido a estas acciones las guerrillas reactivaron sus mecanismos de secuestros y asesinatos, violando aún más los derechos humanos. “Un reporte de amnistía internacional (abril 1980) estableció que en el país había 33 centros especiales en donde se administraban unas cincuenta formas de tortura” (Palacios, 1995).

Una de las consecuencias más visibles de esta situación fue el regreso de la delincuencia organizada en para resolver todo tipo de conflictos. Muchos grupos sociales, sobre todo en las zonas rurales, quedaban en medio del fuego cruzado, el CRIC, por ejemplo mientras que por un lado los grupos paramilitares los asediaba, por el otro lado la guerrilla les ofrecía protección frente a estas amenazas.

La época de 1980 trajo aún más sorpresas para el país, Belisario Betancur fue elegido presidente y una de sus aspiraciones era firmar un tratado de paz. Sin embargo, este presidente se enfrentaría a otro fenómeno que sin duda planteaba retos en muchos niveles de la sociedad, el narcotráfico. Este permeó las diferentes capas sociales, se ganó el favor de la gente en muchas regiones del país e incluso Pablo Escobar, llegó a estar en el senado de la república. No obstante cuando en otros sectores de la sociedad se generaba un rechazo no solo a estas prácticas sino también a quien las ordenaba, la extradición comenzó a ser parte del panorama colombiano, mientras los narcotraficantes intentaban por todos los medios frenar esta idea. En 1984 Rodrigo Lara Bonilla, Ministro de Justicia de aquel entonces,

decidió presionar la extradición sacando a la luz pública los nexos de estos grupos ilegales con clubes de fútbol y personas importantes, pero no paró ahí, el ministro siguió destapando y denunciando todos los negocios ilegales que tenía Pablo Escobar, a raíz de esto Lara Bonilla comenzó a recibir amenazas y a pesar de eso siguió haciendo su trabajo, poco tiempo después el hombre cayó asesinado por sicarios que huyeron en una moto.

Este asesinato fue el impulso que se necesitó para aceptar la extradición, de ahí salió una lista titulada los extraditables, en ella había una serie de nombres, identificando a los grupos y a los cabecillas. Este grupo quería evitar a toda costa su extradición, por lo que se empezaron las negociaciones con el gobierno con una propuesta de dejar por completo el negocio, destruir las fábricas, repartir sus capitales, vender con autorización legal los implementos de transporte, entre otros, con la única condición de que abolieran la extradición. Al poco tiempo el gobierno colombiano se retiró y finalizó las conversaciones. La respuesta por parte de los narcotraficantes fue recrudecer la violencia de maneras inimaginables.

El gobierno por aquel entonces seguía perdiendo popularidad ya que a pesar de que le declararon una guerra abierta al narcotráfico los *dineros calientes* seguían entrando al país. Por su parte las guerrillas habían reactivado su campaña de secuestros y asesinatos a lo que el ejército respondió violando los Derechos Humanos, “un reporte de amnistía internacional (abril 1980) estableció que en Colombia había 33 centros especiales donde se administraban unas 50 formas de tortura. Meses más tarde la organización documentó 600 casos

individuales” (Palacios, pág. 272). Ante esta perspectiva de terror, diferentes grupos armados entre ellos el M-19 fueron tomando más fuerza, adeptos y notoriedad en la sociedad colombiana, en 1979 se robaron cerca de 4.000 fusiles de un cuartel del ejército y al año siguiente se tomaron la embajada de Republica Dominicana, lejos de Bogotá las otras guerrillas también tomaban fuerza frente a un estado que carecía de fuerza y legitimidad, los campesinos se iban sumando masivamente a estos grupos que “podían ofrecerles mejores condiciones laborales que las del mercado de trabajo, un sentido de aventura y el poder que nace del fusil.” (Palacios, pág. 274).

Por lo visto aquí la sociedad colombiana se encontraba frente a dos tipos de fusiles: los de las fuerzas armadas y los de los grupos ilegales, sin seguridad alguna la gente siguió el ejemplo de estos otros y comenzó a tomar la justicia en sus propias manos creando el grupo Muerte a secuestradores, MAS, en 1981 en Medellín a raíz del secuestro de una joven a manos del M-19. La organización estaba conformada por varios capos de la droga y terratenientes quienes querían evitar que este tipo de situaciones se repitieran, llegaron a contar con más de 2000 hombres quienes estaban amparados por el cartel de Medellín, una vez este desapareció los miembros del MAS se incorporaron a los grupos de autodefensa, AUC y a los paramilitares de la zona.

El gobierno de Turbay finalizó con una situación de seguridad y violencia que requería atención inmediata.

En 1982 Belisario Betancur fue elegido bajo el lema de la paz, según el cual él promulgaría una ley de amnistía e indulto con el fin de iniciar unas negociaciones de paz que no contarían con el apoyo de las clases políticas ni de las fuerzas militares quienes se encontraban inconformes debido a que, una vez elegido el presidente, sus ministros liberaron a unos mil presos políticos cuya captura significó para los militares un gran esfuerzo y también a que el procurador denunció a varios miembros del ejército que pertenecían al MAS y a sus actividades ilícitas, esto sin duda fue un gran golpe para las fuerzas militares quienes cada vez se encontraban más inconformes.

En 1984 el presidente organizó una comisión de paz que negociaría con el M-19 un cese al fuego bilateral que se firmó en Corinto Cauca, muchos de los combatientes se reintegraron a la vida civil con éxito. Sin embargo, miembros de la Fuerza Pública que estaban en desacuerdo con estas negociaciones emboscaron un campamento del M-19 y atentaron contra dos de los principales líderes negociadores Carlos Pizarro e Iván Marino Ospina, quienes serían exiliados en Cuba, pero regresarían al país tiempo después.

Ese mismo año también se firmarían los acuerdos de paz de La Uribe con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia FARC y con miembros del Ejército de Liberación Popular EPL en La Uribe Meta, en este acuerdo se negoció un cese al fuego y se abrió la oportunidad para que este grupo guerrillero pudiera formar parte de la política nacional sin entregar las armas. Estos dos acuerdos tendrían repercusiones muy importantes para todo el país ya que de ellos derivaron dos sucesos que marcarían la historia colombiana, uno de ellos

fue la toma al Palacio de justicia por el M-19 y la otra la conformación del partido político conocido como Unión Patriótica, UP.

Al año siguiente de la firma de estos acuerdos “sus comandantes (del M-19) empezaron a caer asesinados en las ciudades a manos de los organismos de seguridad” (Palacios, pág. 283). En mayo miembros del ejército atentaron en contra de Antonio Navarro Wolf, uno de los miembros del M-19, lanzando una granada a un establecimiento en el que él se encontraba hiriéndolo seriamente. Por este y otros atentados a mediados de ese año el grupo armado anunció la ruptura de los Acuerdos de Corinto debido a que el gobierno no fue capaz de garantizarles seguridad. Más adelante el 6 de noviembre de 1985 el M-19 se tomó el Palacio de Justicia con 35 guerrilleros, este es uno de los acontecimientos más importantes en el país y uno de los que se mantiene en mayor misterio. Ese día los rebeldes irrumpieron en el palacio tomando como rehenes a quienes se encontraban en el lugar entre ellos los 12 magistrados de la Corte Suprema de Justicia. El operativo para retomar la instalación se demoró 27 horas, en las que el país no tenía pleno conocimiento de lo que estaba ocurriendo ya que a las emisoras se les dio la orden de transmitir un partido de futbol en lugar de narrar los acontecimientos. Mientras tanto en el palacio irrumpieron las fuerzas militares quienes lograron sacar con éxito a varias personas que se encontraban en la cafetería quienes desaparecerían sin dejar rastro alguno.

La orden era privilegiar la vida de los rehenes del edificio, pero minutos más tarde y a pesar de las suplicas del presidente de La Corte pidiendo que no dispararan un tanque militar

irrumpió en el edificio abriendo fuego contra todos los que se encontraban adentro. Estas imágenes conmocionaron a todo el mundo debido a su brutalidad. En medio de este caos encontraron la muerte cerca de 90 personas, entre ellas los magistrados de la Corte,

La tragedia del Palacio de Justicia mostró la debilidad real del presidente frente al Ejército, la incompetencia profesional de grupos castrenses, policivos y de inteligencia, el fraccionamiento de la clase política, de los gremios, de la iglesia y de los guerrilleros (Palacios, pág. 284).

La opinión pública repudió la toma por parte del grupo armado pero al mismo tiempo criticó las medidas efectuadas para tomarlo de regreso. En 1991 se ordenaría reabrir el caso, algo que a las clases políticas del momento no les gustó. Con esta situación el proceso de paz que venía negociando Betancur perdió fuerza al igual que lo hizo la lucha armada para justificar las acciones de los combatientes, pero a pesar de los obstáculos el gobierno y las FARC siguieron negociando dando como resultado la conformación de la Unión Patriótica en 1986, año en que también se extenderían los Acuerdos de La Uribe.

En este partido político se encontraban miembros de las FARC pero también miembros de otros grupos quienes no estaban alzados en armas, como miembros sindicales y de comunidades indígenas. El 20 de agosto de 1986 el Consejo Nacional Electoral reconoce el Estatuto Jurídico de la UP atribuyéndole plenos derechos y exigiéndole a las autoridades de la república plena protección para el desarrollo de sus derechos constitucionales y existencia política, así como el desempeño de su actividad en la vida civil

colombiana, por medio de este documento se les reconoce a los miembros de este partido garantías y seguridades plenas para que puedan participar en la política en igualdad de condiciones que los otros partidos políticos. El apoyo de la población para este nuevo proyecto político fue impresionante y se reflejó en las urnas con las elecciones de ese año, en las que por primera vez un partido de izquierda obtuvo votaciones tan altas obteniendo 14 congresistas para cámara y senado (entre ellos dos comandantes guerrilleros), 18 diputados para 11 asambleas departamentales, 335 concejales para 187 consejos y 23 alcaldes convirtiéndose así en la tercera fuerza electoral del país.

Esta situación molestó a muchos partidos políticos sobre todo de derecha y ultra derecha que se vieron amenazados por un movimiento creciente, por lo que se pusieron en marcha varios planes para acabar con ellos. Para finales de ese año ya habían sido asesinados tres dirigentes elegidos para el congreso, 1 diputado y once concejales en el meta, 1 magistrado en Santander, 61 dirigentes y activistas de Juntas Patrióticas, 69 militantes de base, 24 guerrilleros en tregua y 34 simpatizantes, adicionalmente varios miembros del partido hicieron denuncias públicas sobre la las constantes amenazas a la que se estaban enfrentando, muchas personas abandonan el partido y los que se quedan en él no reciben la adecuada protección por parte del estado colombiano.

En vista de este panorama en 1987 las FARC se desvincularon del partido político y volvieron a las montañas, sin embargo este ya había sido señalado con anterioridad por diferentes grupos a quienes no les parecía correcto que el gobierno les permitiera organizarse

legalmente aun cuando no habían entregado las armas. Los miembros restantes del partido seguían siendo amenazados porque los consideraban partidarios de las guerrillas, los asesinatos sistemáticos continuaron, en Medellín como forma de protesta se realizó la Marcha de los Claveles rojos por los asesinatos de estudiantes, profesores, directivos y demás de la Universidad de Antioquia porque en su mayoría eran militantes o simpatizantes de la UP, la respuesta por parte de los asesinos fue radical, estos tomaron las vidas de cuatro líderes defensores de derechos humanos en Antioquia.

Uno de los golpes más fuertes no solo al movimiento sino también a la sociedad en general se dio el 11 de octubre al entonces candidato presidencial Jaime Pardo Leal, su muerte ocasionó una reacción masiva y fuerte en la sociedad, disturbios, saqueos, manifestaciones y una asistencia masiva al sepelio de quien entonces era un líder político muy importante; el desorden que ocasionó esta noticia tuvo una gran magnitud, muchos afirman que si no se hubiera actuado con el aplomo y la fuerza con la que actuó el alcalde de Bogotá en aquel entonces pudo llegar a repetirse otro nueve de abril. Los asesinatos continuaron durante los años siguientes, en 1988 se ejecutaron varios de ellos contra alcaldes y comunidades por el simple apoyo político a la UP, el país estaba en un completo caos producto también de la guerra contra Escobar y los carros bomba que este narcotraficante puso en diferentes ciudades, esta eliminación sistemática continuó hasta los 90. En 1990 asesinan a Bernardo Jaramillo Ossa, otro candidato presidencial por este partido y a Carlos Pizarro, también candidato presidencial por el movimiento democrático M-19 que para este año se había vuelto a desmovilizar.

Por otro lado en estos mismo años se dieron un sin número de marchas no solo para protestar por la situación de la UP sino también para exigir mayores garantías sociales, sin embargo, los partidos y la clase política estuvieron ausentes de estas movilizaciones e incluso llegaron a criticarlas por miedo al ascenso de una clase campesina a los altos mandos políticos. Y es que no solo los grupos paramilitares tenían aterrorizado al país, el narcotráfico también ponía su cuota en esta situación, la opinión pública se llevó otro de los golpes más fuertes con la bomba a *El Espectador* y el asesinato de su dueño Guillermo Cano.

Para 1985 Colombia había cambiado nuevamente de mandatario y en el poder se encontraba Virgilio Barco quien ante esta ola de violencia promulgó *El Estatuto para la Defensa de la Democracia* que era una versión más actualizada del estatuto de seguridad de 1978, en el finalmente se reconocía que el narcotráfico era un problema para el país y que era ilegal mientras que se afirmaba que los delitos contra el estado (rebelión, sedición y asonada) si se habían hecho con fines altruistas no eran del todo ilegales, a raíz de esto el gobierno desplegó un fuerte operativo en el que capturó a miles de personas y confiscó centenares de propiedades haciendo evidente que la influencia del narcotráfico y de sus dineros habían permeado todas las capas de la sociedad. Ante esto *Los extraditables* respondieron con un comunicado en el que advertían una guerra abierta e indiscriminada contra todo el mundo:

La guerra total contra los antinacionalistas y vendepatrias. No respetaremos las familias de quienes no han respetado nuestras familias. Incendiaremos y destruiremos las

industrias y las propiedades de la oligarquía. Dinamitaron los periódicos *El Espectador* y *Vanguardia Liberal*, un avión de Avianca en vuelo y repleto de pasajeros y la sede nacional de la policía secreta. (Palacios, pág. 290)

Para 1990 aun con el cambio de gobierno, encabezado ahora por el presidente César Gaviria, se intentó negociar con las partes, pero debido al asesinato de Luis Carlos Galán en 1990 se perdieron todas las esperanzas de dialogar con los narcotraficantes. Por su parte el M-19 estaba dispuesto a negociar siempre y cuando se hiciera una Asamblea Nacional Constituyente en el país, el gobierno se negó firmemente a esta propuesta por lo que varias organizaciones estudiantiles tomaron el asunto en sus propias manos y realizaron el movimiento de la *Sétima Papeleta* que consistió en depositar una séptima papeleta pidiendo la realización de la asamblea nacional, la papeleta no fue tenida en cuenta dentro de las votaciones, pero la corte accedió a realizarla para honrar la voluntad general que estaba expresando el pueblo. Esta asamblea contó con una participación muy baja, 26% de la población, muchos afirmaban que esta cifra era de tenerse en cuenta respecto a la calidad de los votantes y de los votados, no obstante fue esta asamblea y la serie de reformas que se realizaron con ella las que permitieron que se incluyeran a grupos que, históricamente habían estado relegados de las decisiones políticas del país, reconociéndose e incluyendo derechos de miembros de personas antes invisibilizadas y afectadas por la violencia, por ejemplo los derechos de los niños quienes fueron unos de los principales afectados con la violencia política del siglo pasado en el país.

Entre las reformas que hizo Gaviria prohibió la extradición, con el fin de que cesara la guerra por parte de los extraditables hacia la población civil. El 20 de junio de 1991 el capo del narcotráfico Pablo Escobar se entregó voluntariamente a cambio de no ser extraditado y fue recluido en una cárcel llamada *La Catedral* que él mismo construyó y desde donde seguía manejando sus negocios ilícitos. Es a mediados de 1992 Escobar y varios de sus compañeros se fugan de la cárcel argumentando que el gobierno no tenía el poder suficiente para defenderlos de sus enemigos. Sin embargo, en 1993 Pablo Escobar fue dado de baja en un tejado en Medellín, debilitado por todas las guerras intramafiosas al interior del negocio. Con esto la popularidad del gobierno volvió a subir y la sociedad tuvo la certeza de que el narcotráfico estaba acabado, pero contrario a lo que todos habían pensado, lo que terminó fue una forma de mezclar política y drogas.

El Cartel de Medellín había caído pero el de Cali se mantenía aunque varios de sus miembros estuvieran negociando su rendición. Para el gobierno de Estados Unidos que había estado formando parte activa de la lucha contra las drogas, los términos de estas negociaciones no parecían los más justos, esta diferencia de opiniones hizo que creciera la tensión entre los dos países.

Por su parte la situación con las guerrillas no era mejor ya que a pesar de que el M-19 se había desmovilizado seguían existiendo guerrillas como la de las FARC quienes volvieron a recuperar adeptos en diferentes territorios en donde el orden legítimo estatal no llegaba, mostrando así mayor cobertura territorial, mayores recursos y por lo tanto mayores

actividades bélicas. No obstante gran parte de estos grupos ilegales habían perdido el puritanismo moral que los había caracterizado en otra época y sus acciones se habían convertido ya en un modo de vida, continuando los enfrentamientos entre ellos y las fuerzas del estado en donde la población civil es la mayor afectada. Así al país poco a poco le van cerrando la soga alrededor del cuello exigiéndole que tome medidas efectivas frente a todas estas situaciones que afectaban a los colombianos.

Más adelante en esa década se dan dos escándalos que conmocionan al país, el primero de ellos es la influencia de dineros provenientes del narcotráfico en la campaña presidencial del mandatario de aquel entonces Ernesto Samper, conocido como el *proceso 8000* y el otro el proceso de paz del Caguán.

Ernesto Samper llegó a la presidencia en 1994 y su mandato encontró una fuerte tensión en la sociedad a causa de la ola de secuestros que venía aumentando, acompañada de otras acciones bélicas entre las que se destaca la toma a la base de *las delicias* en 1996 en Putumayo en la que cayeron cautivos 60 militares a manos de las FARC, a partir de ahí la sociedad colombiana veía cómo estas situaciones se volvían cada vez más comunes, “la guerrilla quiso imponer su idea del canje de prisioneros de guerra. La sociedad nunca transó su argumento ni dejó de asentir que se trataban de secuestros” (Cardona, 2014). La toma de estos rehenes desencadenó una serie de negociaciones que durarían casi un año y que finalizaron con el despeje de 13.161 kilómetros cuadrados en el Caquetá y el retorno de los miembros de la fuerza pública a sus hogares. No obstante estas negociaciones hicieron que

la sociedad se polarizara hacia dos lados, el primero de ellos creía que las negociaciones con las FARC si daban resultados y que eventualmente iban a dejar de secuestrar y el otro lado que exigía una ofensiva militar para solucionar este problema.

El lado más optimista de la sociedad se emocionó al notar los diálogos habían dado el resultado adecuado y que ahora los militares quedaban libres, mientras tanto las FARC al ver que sus acciones estaban surtiendo efecto y que estaban consiguiendo el despeje de varias zonas que les daban ventaja territorial en el país continuaron su plan de guerra por lo que los secuestros continuaron sin cansancio.

Paralelo a esto en Colombia las altas ramas judiciales venían gestando un proceso que inició en abril de 1995 el llamado *proceso 8000*, denominando así el escándalo que sacudió al presidente de ese entonces, al ser encontrados unos narcocassettes en donde se habían pruebas de la entrada de *dineros calientes*, cerca de 4 mil millones de pesos provenientes del narcotráfico a la campaña del aquel entonces candidato presidencial Samper,

Durante más de dos años de investigación la Fiscalía General de la Nación y la Sala Penal de la Corte Suprema de Justicia pusieron tras las rejas a importantes personalidades de la vida política, entre ellos senadores, representantes a la Cámara, un procurador general, un ex contralor, y a varios de los más importantes testaferros del cartel de Cali. (Semana E. , 1997)

El presidente de la Republica también fue juzgado y absuelto, pero a pesar de esto las repercusiones no solo a nivel político sino también social dieron cuenta de un estado

tambaleante en donde se pudo observar la magnitud de los hilos del narcotráfico, reafirmando la creencia de la gente de que no se podía confiar en el gobierno y demostrando la falta de legitimidad de un estado que poco a poco iba cayendo bajo el peso de la violencia de aquel entonces.

Con un clima de miedo e inestabilidad general las personas buscaban a un candidato que les diera seguridad y fuera capaz de garantizarles la paz. Andrés Pastrana fue quien encajó en ese molde con el cual fue elegido para la presidencia de la república en 1998. Recién elegido Pastrana se reunió sorpresivamente con el máximo jefe de las FARC por aquel entonces alias Tirofijo. En noviembre de ese año, tres meses después de su elección el presidente ordenaría el despeje de 42.139 kilómetros cuadrados en la zona que sería conocida como el Caguán, cumpliendo uno de los requisitos previos puestos por la guerrilla para que hubiera negociación, en esta zona no había presencia de la fuerza pública suponiendo así un territorio neutral en donde realizar las negociaciones.

Sesenta días más tarde se estaba instalando la mesa de negociación compuesta por María Emma Mejía y Fabio Valencia Cosío, entre otros. El día de la instalación de la mesa, medios de comunicación de todo el país acudieron a la zona para transmitir en directo ese momento histórico, también fueron artistas, políticos y acudió el presidente de la República quien iba a compartir mesa con Manuel Marulanda Vélez (Tirofijo), quien nunca llegó a la cita argumentando que había recibido el aviso de una posible amenaza a su seguridad. Este desaire que fue conocido como *la silla vacía*, para muchos sectores de la opinión pública

sentó un precedente de lo que podían llegar a ser estas negociaciones. Doce días después las FARC congelaron los diálogos pidiéndole al gobierno resultados concretos en su lucha contra el narcotráfico antes de continuar con las negociaciones.

No obstante las acciones ilegales de la guerrilla en la zona de distensión continuaron, en 1999 asesinaron tres indígenas norteamericanos en la zona de Arauca, el crimen lo cubrieron entregando pruebas de supervivencia de militares secuestrados que ellos querían canjear. Las familias entonces empezaron sus luchas para lograr tener de regreso a sus parientes, se crearon diferentes plataformas y movimientos ciudadanos que intentaron dialogar con los guerrilleros y buscar una salida negociada, sin embargo estos no daban muestra de alguna de cambiar su opinión frente al canje de los secuestrados por los guerrilleros que se encontraban en las cárceles. El Caguán para ese entonces se había convertido en la zona preferida, por excelencia, para mantener a los secuestrados.

La situación de estos era cada vez más apremiante y las FARC aprovechaban cada oportunidad que tenían para insistir en el canje, en medio de la desesperación de una situación que se les estaba saliendo de las manos el gobierno comenzó a plantearse la posibilidad de acceder a un intercambio humanitario. El 16 de mayo del 2000 se dio un suceso que hasta ahora perdura en la mente de los colombianos, el collar bomba colocado en el cuello de una mujer que fue asesinada por este artefacto explosivo, a pesar de esto el Presidente Pastrana hizo todo lo posible para mantener los diálogos con la guerrilla de las FARC. En otras zonas, tanto esta guerrilla como el ELN, estaban realizando *las pescas milagrosas*, una serie de

secuestros en las carreteras del país, en este punto se le hizo un llamado al ELN para que recordara un acuerdo que había firmado en Alemania, en el que se comprometía a no secuestrar más, con las FARC se firmó el Acuerdo de San Francisco de la Sombra en el cual también hacían este compromiso.

A pesar de esto en 2001 se secuestró y asesinó a la ex ministra de cultura Consuelo Araujo Noguera, que hizo que Pastrana anunciara mayor control militar cerca de la zona de distensión, este hecho molestó mucho a la guerrilla quienes se levantaron de la mesa de negociación el 17 de octubre de 2001. El proceso de paz continuó entre ires y venires en los cuales los miembros de las comisiones negociadoras se levantaban y volvían a la mesa. El 8 de enero de 2002 la guerrilla publicó un comunicado de prensa en el que culpaba al gobierno del fracaso del proceso de paz y en febrero de 2002 el gobierno da por terminado este proceso y terminaron la zona de distensión. Sin embargo, para ese entonces guerrilla ya había ganado mucho terreno en la zona y se habían fortalecido militarmente, bajo las narices del gobierno habían conseguido más reclutas y ayuda financiera, por lo que cuando el gobierno dio por terminada la zona de distensión las FARC tenían pleno control de esta.

En 2002 fue elegido un nuevo presidente Álvaro Uribe Vélez con una propuesta de avanzada militar firme en contra de los grupos subversivos, a los pocos meses de su mandato cercó los alrededores de la zona de distensión. Al mismo tiempo que Uribe le hacía frente a las FARC también le tenía que hacer frente al paramilitarismo que se estaba agitando de nuevo y sembrando un clima de terror en el país.

Los *paras* operaban publicando listas en las cuales se amenazaban a miembros de las comunidades en las que se encontraban, ofreciéndoles a los campesinos unirse a ellos o la muerte, protegidos por fuerzas estatales realizando patrullajes conjuntos con los militares en muchos departamentos de Colombia. Los paramilitares cometieron masacres sistemáticas en contra de varias poblaciones por toda Colombia manteniendo su campaña de terror, en el año 2000 cometieron la masacre de *El Salado* un corregimiento del Carmen de Bolívar en donde fueron asesinadas 66 personas. El líder paramilitar llegó a la zona para llevarse las cabezas de ganado que encontrarán y buscando a la supuesta novia del líder guerrillero del lugar, las encontró a las dos, pero antes sometió a todo el pueblo a un espectáculo sanguinario en donde se torturó sin piedad durante cinco días a maestros, mujeres, niños y a la joven de 16 años a quien había llegado buscando al pueblo, que había sido marcado años atrás como ayudante de la guerrilla y al cual las fuerzas militares tenían en la mira constantemente. Todo el mundo sabía que estaban matando gente en El Salado pero ni familiares ni fuerzas de apoyo pudieron entrar al lugar porque los militares cerraron la carretera diciendo que estaba minada.

Al ser este el modus operandi de los paramilitares lo extendieron por todo el territorio nacional, desde unas de las áreas más afectadas como el Magdalena y otros departamentos del norte de Colombia hasta en el sur del país. En estos actos violentos los perpetradores no diferenciaban entre campesinos, guerrilleros, indígenas y demás ya que si la población había sido señalada no había poder capaz de salvarlos. Esto fue lo que ocurrió con la masacre de El Naya en el Valle del Cauca en

Donde más de 400 paramilitares del Bloque Calima asesinaron a por lo menos 30 personas y desplazaron a más de 4.000 campesinos de 17 veredas en la cuenca del río Naya, en límites entre Valle y Cauca, una región poblada por etnias indígenas y afrocolombianos. (VerdadAbierta, Masacres en el modelo colombiano impuesto por los paras., s.f.).

Este fenómeno también se dio en Buga, con la masacre de Alaska en donde fueron asesinadas 25 personas entre las que se encontraban niños y ancianos.

Dos masacres pueden resaltar frente al resto por que revelan la brutalidad de la violencia, la primera de ellas es la masacre de Trujillo en el Valle del Cauca, Bolívar y Rio frio, municipios en los cuales entre 1986 y 1994 los grupos al margen de la ley desaparecieron cerca 245 personas con el fin de subordinar a la población por medio del terror en una alianza entre las AUC y las fuerzas militares. La segunda masacre es la de Bojayá en 2002, que sucedió a pesar de las advertencias de la Defensoría del Pueblo tras unos enfrentamientos constantes entre la guerrilla y los paramilitares que terminaron con la explosión de una pipeta de gas dentro de la iglesia, asesinando a cerca de 119 personas que se estaban refugiando ahí, muchos de ellos fueron mujeres y niños.

Adicional a esto las AUC y otros grupos paramilitares ya habían permeado diferentes capas de la sociedad, prueba de ello es el Pacto de Ralito que fue hecho entre miembros de estos grupos ilegales y políticos de la costa quienes buscaban mayor apoyo por parte de los empresarios para ser elegidos, estos pactos darían como resultado la parapolítica, fenómeno que hasta el día de hoy se está investigando y que ha llevado a la cárcel a un buen número de

congresistas de quienes encontraron pruebas de sus actividades ilegales en los computadores de Jorge 40.

El gobierno de Uribe Vélez mantenía su defensiva implacable en contra de la guerrilla con ataques constantes a sus bases de operaciones y militarizando gran parte del país, pero el contrario el mandatario utilizó una estrategia diferente con las AUC y empezó pequeños acercamientos para negociar su desmovilización, este proceso se puso en firme en noviembre de 2002 pero había empezado dos semanas atrás con reuniones clandestinas entre el comisionado de paz Luis Carlos Restrepo y miembros de estos grupos ilegales. En este mes el grupo anunció el cese al fuego y sus intenciones de reintegrarse a la vida pública, pero le exigieron al gobierno que los reconociera como actores políticos, estas negociaciones llegaron hasta los acuerdos de Santa Fe de Ralito en donde se acordó la desmovilización que iniciaría en el 2003 y culminaría en 2005 año en el que fue aprobada la ley de justicia y paz en la cual “el gobierno postuló 4.800 paramilitares a Justicia y Paz, que a julio de 2011 habían confesado 16.287 asesinatos, confesado 26.000 delitos, a los que se han relacionado 32.000 víctimas” (VerdadAbierta, Entra en vigencia justicia y paz, s.f.). Muchos paramilitares, sino la mayoría de ellos, se acogieron a esta ley, rindieron su declaración y están cumpliendo condenas de hasta 8 años de prisión por sus crímenes, muchos de los principales líderes fueron extraditados a Estados Unidos.

La percepción de seguridad que tienen las personas en muchas regiones va aumentando con cada arremetida militar que ordenaba Uribe. En 2006 es reelegido como presidente de la república y continúa con el proceso de desmovilización,

En total, según las cifras del gobierno, en tres años se desmovilizaron 31.671 paramilitares en 38 actos. Las organizaciones con mayor número de desmovilizados fueron el bloque Central Bolívar con 6.348, el bloque Norte con 4.760, el bloque Mineros con 2.780, el bloque Héroes de Granada con 2.033 y el bloque Élder Cárdenas con 1.538. (VerdadAbierta, Entra en vigencia justicia y paz, s.f.)

Tiempo después se comprobaría que muchas de estas desmovilizaciones fueron falsas.

El 2008 serían uno de los más movidos para la sociedad colombiana, primero fue el asesinato de Raúl Reyes, muerto en su campamento gracias a una incursión militar que invadía la soberanía nacional de Ecuador. La información recuperada de los computadores permitió condenar a aquellos que tenían nexos con estas fuerzas y por otro lado en julio de 2008 Ingrid Betancourt fue liberada en la *Operación Jaque*, que conmocionó al país debido a la buena ejecución en el engaño a la guerrilla de las FARC y a que también rescataron Clara Rojas y tres ciudadanos norteamericanos que regresaron a salvo a sus casas.

Uribe termina su mandato en 2010 y lo asume su pupilo Juan Manuel Santos, quien pareciera querer seguir la misma línea de su tutor, pero que sorprendió a todos usando tácticas completamente diferentes y distanciándose de su antecesor. En noviembre de 2012 el

presidente Santos anuncia que va a empezar una serie de diálogos con los líderes de las FARC en La Habana Cuba, la agenda para este proceso consta de cinco puntos para negociar entre los que se encuentran el tema de la distribución de tierras, las víctimas del conflicto armado y la participación política.

Estas conversaciones han avanzado lentamente y han encontrado cierto tipo de inconvenientes por actuaciones y declaraciones de los miembros de la opinión pública, entre quienes se encuentran el ex presidente Álvaro Uribe. Para las elecciones del 2014 la contienda estuvo reñida entre Oscar Iván Zuluaga, candidato de Uribe y Juan Manuel Santos quien ganó acunando el lema de encontrar la paz. Hoy en día ya existen avances claros del proceso y se prevé que la paz esté firmada para marzo de 2016, sin embargo la sociedad Colombia sigue escéptica debido a acciones bélicas que han puesto en duda el proceso, y las verdaderas intenciones de la guerrilla. No obstante, con más de cincuenta años de violencia encima es necesario implementar no solo en La Habana los acuerdos de paz sino también hacerlo en las comunidades que han sufrido una ruptura del tejido social en todo el país.

### **La Docencia en Colombia**

En un primer momento la educación en Colombia estuvo fuertemente ligada a los grupos religiosos que se encontraban en el país, sin embargo junto a estos grupos también ha sostenido una relación estrecha con los procesos políticos, siendo afectada por los vaivenes de la política colombiana.

Uno de los primeros registros de formación docente en Colombia data de 1550 cuando se autoriza a las iglesias para que formen a clérigos y seglares en la lectura y escritura, creando una fuerte relación entre la enseñanza y la iglesia, ya que estas personas impartían no solo las dos asignaturas sino que también eran los encargados de promulgar los valores cristianos. Más adelante el estado intentaría retomar el control sobre los procesos educativos cuando los jesuitas fueron expulsados del territorio, alejándolos de toda la influencia que tenían en la cátedra docente, durante las décadas posteriores serían los otros grupos religiosos los encargados de dicha formación. Entre 1770 y 1800 cada vez más personas solicitaban su título legal para ejercer la docencia, muchos de ellos veían en esta actividad una fuente confiable de sustento, dicho documento certificaba que las personas podían leer, escribir y contar, pero adicionalmente certificaba las buenas costumbres de quien lo poseía. En un principio los docentes, sobre todo en las zonas rurales eran nombrados a cambio de favores o del apoyo de su familia y así mismo eran removidos por órdenes del alcalde o de la autoridad en la zona, situación que persistiría hasta bien entrado el siglo XX. Sin embargo en el siglo XIX se daría un gran paso con la apertura de las *Normales*, que eran instituciones de formación a las cuales asistían estas personas con el fin de legitimar su práctica docente.

En 1822 se funda la primera escuela normal en Bogotá, pero es hasta 1844 cuando se institucionalizan dichas escuelas, se expanden y comienzan a llegar al país docentes extranjeros para impartir sus modelos de enseñanza. No obstante las diferentes guerras libradas durante el siglo XIX también tendrían un gran impacto en la educación de aquel entonces, deteriorando fuertemente dicha institución ya que en muchas ocasiones las

Normales eran utilizadas como cuarteles. Pero una vez superada la guerra la actividad docente se siguió reglamentando y en 1893 por medio de un decreto se le agregarían cinco años más de estudio aparte de la primaria a los que estuvieran interesados en convertirse en docentes.

No obstante al inicio del siglo XX la situación escolar en las zonas rurales del país era muy difícil, los docentes, en su mayoría maestras, debían dictar clase a más de 40 estudiantes en un solo salón, los materiales requeridos para el desarrollo de las actividades eran escasos, en muchas ocasiones las escuelas no contaban con una pizarra por lo que tenían que escribir con piedras o en las orillas de los ríos, eran muy pocas las escuelas que poseían dotación completa, debido a estas limitaciones la educación en el campo colombiano era superficial, las personas sabían reconocer los números, escribir y leer de forma básica, eran muy pocos los campesinos que continuaban sus estudios en escuelas urbanas, ya que muchas familias tampoco tenían los recursos para que ellos siguieran asistiendo a las escuelas. Por aquel entonces la metodología utilizada por dichos docentes consistía en la memorización de una serie de datos y procesos por parte del alumno, quien, en ciertas ocasiones, podía ser castigado con un reglazo si no cumplía con sus obligaciones.

En materia salarial los maestros durante los primeros años del siglo XX tuvieron que enfrentarse a una intermitencia en el pago de sus salarios, en 1923 docentes de Nariño hicieron una huelga porque no recibían su salario desde hace ocho meses, si el docente se encontraba en las escuelas rurales o en las escuelas de las aldeas rurales su salario le alcanzaba para llevar una vida modesta, los hombres ganaban más dinero que las mujeres,

pero tanto unos como otros debían ahorrar porque no sabían en que momento su sueldo les dejaba de llegar ya que la educación era pagada con las regalías que dejaba el alcohol, lo que propició que en algunas ocasiones a los docentes les pagaran con cajas de aguardiente o con bonos que tendrían que venderlos o negociarlos más adelante. Y mientras en las zonas rurales del país los salarios les alcanzaban para tener una buena posición social, los docentes de las zonas urbanas a menudo se veían en apuros por los bajos salarios que recibían.

Durante los primeros treinta años del siglo XX se trató de continuar con el modelo educativo del siglo pasado, solo que en esta ocasión se crearon escuelas para ambos sexos y por medio de otro decreto se les exigió a quienes quisieran ser docentes presentar un diploma en el cual se acreditaba su tiempo de estudio, pero en el afán de ampliar la cobertura educativa, cada vez se hicieron más frecuentes los permisos con respecto a este tema.

En 1917 se realizó el primer congreso docente en el que se sentaron nuevas pautas para el ejercicio de esta labor, entre las que se encontraban la exigencia de la primaria completa antes de poder optar por el título, así como una serie de revisiones a los candidatos para asegurarse de que podían transmitir bien los conocimientos a los estudiantes y eran personas de buenas costumbres. No obstante debido a la situación del país en los primeros 30 años del siglo XX, entre 1923 y 1928 se cerraron casi todas las escuelas normales con excepción de cuatro ubicadas en diferentes zonas del país.

Después de dichos cierres se volvió latente que uno de los problemas del país era la falta de lugares de formación para docentes de Educación Secundaria, lo que se traducía en

bajos niveles educativos en la educación oficial, por lo que el gobierno fundó, entre 1932 y 1934, tres facultades para la formación de docentes que más adelante se convertirían en la Escuela Normal Superior, en los que se impartían cursos de especialización pedagógica, que se podían tomar después de la educación normalista y que duraban de 2 a 4 años dependiendo del área de estudio. Los cambios siguieron haciéndose en materia docente, así durante el mandato del presidente Enrique Olaya Herrera se hicieron las reglamentaciones para la ley 56 de 1927 en la cual se unificó la educación rural y urbana, se crearon facultades para la formación de docentes, y en la enseñanza de la escuela primaria se aplicaron los métodos de enseñanza de la Escuela Activa europea. Sin embargo, es durante el periodo conocido como la revolución en marcha (1934-1938) fue que se produjeron los algunos de los cambios más significativos en la educación colombiana con los que se buscaba la integración nacional y una mayor injerencia del estado en los temas relacionados con la educación, retirándole parte del poder que se le había otorgado a la iglesia con el concordato. No obstante a pesar de las intenciones de esta ley tuvo grandes fallos entre los cuales se cabe resaltar que no se decretó la educación primaria gratuita por lo que las intenciones unificadoras del gobierno no fueron suficientes, con ella tampoco se redefinieron por completo las relaciones Estado-Iglesia pero se le otorgó al estado las labores de vigilancia a la educación.

No obstante en 1936 se lograron gestar cambios significativos para los docentes, cambios que de una u otra forma mejoraban ciertos aspectos de su vida laboral y que le dieron mayor estabilidad al magisterio, entre estos se encuentran la creación del escalafón docente teniendo en cuenta los certificados de estudio, la experiencia y la evaluación sobre ciertos

conocimientos específicos en sus campos, adicionalmente se formularon una serie de normas con las que se regulaba mucho más el tema de los traslados y despidos.

Sería la Escuela Normal Superior, que funcionó desde 1936 hasta 1951 la que sentaría el precedente en lo relacionado a la profesionalización de la labor docente en Colombia, proporcionándoles educación universitaria a los docentes de educación secundaria e incluso universitaria. Con la enseñanza normalista a mujeres se fortalecieron los valores femeninos que se consideraban propios de la época de 1933 por lo que también se contribuyó a la formación de maestras que después impartirían clase en diferentes escuelas primarias femeninas del país. Las escuelas normalistas fueron durante muchos años las instituciones que formaron a los docentes del país. Sin embargo, después de su creación su expansión no fue uniforme aunque la cantidad de personas que acudieron a ellas si fue cuantiosa, para el año de 1945 se graduaban anualmente entre 400 y 600 normalistas, quienes durante varios años tuvieron problemas para incorporarse a la vida laboral debido a que tenían que competir con docentes empíricos y los bajos salarios, al ver estas circunstancias el gobierno decidió dictar diferentes cursos durante los periodos de vacaciones para actualizar en las nuevas pedagogías a los docentes, difundir los conocimientos que se consideraban necesarios para que ellos desempeñaran bien su trabajo y así darle cierta uniformidad a la enseñanza. Su popularización y buena acogida fue tanta que para la década de 1950 la mayoría de los directores de las escuelas normales eran egresados de la Escuela Normal Superior.

Entre 1938 y 1942 durante el gobierno de Eduardo Santos los avances en materia de educación fueron pocos, únicamente se impulsó la construcción escolar, la conformación de

patronatos escolares, que son delegaciones de padres de familia seleccionados para reunirse con las directivas de los colegios y una vez más se intentó nacionalizar la educación primaria. Estos procesos que se venían gestando dieron como resultado cambios en el discurso alrededor de la enseñanza, desplazando las concepciones religiosas y promulgando un tipo de educación más laica que se vio apoyada con las diferentes conferencias, cursos y pruebas que se les exigían a los docentes para desempeñar sus funciones.

Con el paso del tiempo y con los cambios socioeconómicos debido a la industrialización se hizo evidente que hacían falta más docentes para hacerle frente a la masa de personas que estaba interesadas por estudiar, por lo que constantemente el gobierno ofrecía cursos por toda Colombia para la formación de docentes.

Durante la década de los años sesenta las facultades de pedagogía se empiezan a conformar con mayor firmeza, cada vez más son los profesores que se quieren formar en dichas instituciones, por lo que en varios casos también se da el fenómeno de la privatización de muchos de estos lugares. Y para mediados de los años setenta el número de normalistas disminuiría considerablemente ya que la mayoría de las personas preferían la educación universitaria. Con estos cambios también se transformaron modelos curriculares de la formación docente, siendo posible identificar tres, los dos primeros se especializaban en licenciaturas enfocadas a dos o más áreas del saber, mientras que el tercero se enfocaba y especializaba en solo un área, que fue conocida como una Licenciatura Pura.

En 1970 se crearía el estatuto docente, después de meses de paros y marchas, en dicho estatuto creado de la mano con los principales líderes docentes de todo el país, en el:

“Se estableció la primera carrera docente de la historia de la educación colombiana para todos los maestros. No se podía ejercer el magisterio sin estar escalafonado y no podía escalafonarse sin un título docente. Para entonces numerosos docentes sólo habían cursado la primaria. Se logró un escalafón sin discriminación para los maestros de primaria a quienes se les asignaba un salario inferior a los de secundaria. Por primera vez la licenciatura y el magíster en educación se convirtieron en metas de formación y capacitación del magisterio. El salario empezó a fijarse de acuerdo al grado del escalafón determinado por el título y la experiencia docente. Se eliminó la destitución por capricho de los alcaldes y de los gobernadores al establecerse un régimen disciplinario único, unas causales de mala conducta determinadas, un proceso con reglas claras, y, en esencia, la estabilidad en el cargo bajo condiciones de conducta y capacitación.” (Ocampo, 2009)

Uno de los cambios más grandes que se han dado con respecto al reconocimiento de la labor docente fue con la constitución de 1991 en donde se cita que aquel que desempeña una labor de educador tiene que estar preparado adecuadamente, consagrando así mismo que la ley debe garantizar la profesionalización y dignificación de la actividad docente. Es durante toda la década de los 90 que se empiezan a promulgar más leyes que reglamentan la actividad docente y que se enfocan principalmente en los requisitos para preparar correctamente a los educadores, entre ellos se encuentran los proyectos de investigación, especializaciones, la actualización periódica de los conocimientos que ya han sido

adquiridos, entre otras cosas que reglamentan la actividad docente. Este tipo de leyes dieron como resultado que para ejercer como docente la persona tuviera cierta preparación formal que de una u otra forma le garantizaba unas condiciones de trabajo más dignas y la posibilidad de ampliar sus conocimientos, posicionando con ello el tema de la educación como una política de estado a la que había que prestarle atención. En 1996 se formula el Plan Decenal de Educación:

En él se proponen objetivos, estrategias y programas de acciones, entre los que se destaca el mejoramiento de la calidad de la Educación a través de la cualificación de los Docentes, mediante la creación de un Sistema Nacional de Formación de Educadores, donde estarían las Escuelas Normales Superiores y las Universidades o instituciones universitarias. Estaría encaminado a unificación de políticas, normas, esfuerzos dispersos, en un trabajo de conjunto de todas las instituciones encargadas de la formación de Docentes. (Niño Zafra & Díaz Borbón)

En este mismo año se conforma el Consejo Nacional de Acreditación, CNA, el cual se encargaría de controlar y regular a las universidades y facultades de educación con el fin de que cumplieran con los requisitos para formar a docentes con los conocimientos necesarios para desempeñar su labor correctamente y ofrecer una educación de calidad.

En la actualidad el nuevo estatuto docente causó una ruptura alrededor de esta profesión ya que ahora no solo los licenciados y normalistas pueden enseñar en las escuelas, ahora este nuevo estatuto permite que profesionales en otras áreas puedan ser docentes

generando cambios en la forma como ellos se relacionan con el conocimiento, del trabajo colectivo, entre otras cosas, dando como resultado una resignificación de la labor docente por parte de quienes la desempeñan, pero manteniendo el mismo nivel de exigencia que antes.

En 1959 es fundada la Federación Colombiana de Educadores, mejor conocida como FECODE, con el fin de tener una organización que defendiera los derechos de los docentes frente a las diversas situaciones de orden político y social que estaban enfrentando en el país. En 1972 el magisterio hace uno de los paros de educadores más significativos, en contra del ministro de educación de aquel entonces por un estatuto regresivo que quería implementar, las directivas del magisterio junto con varios dirigentes de izquierda evitan su implementación y siguen solidarizándose con otras causas sociales y es así como en 1977 se convierte en uno de los participantes del “paro cívico nacional” realizado en 14 de septiembre de 1977 en el que la población salió a protestar en las calles por fuertes desacuerdos que tenían con las nuevas políticas del gobierno en las que habían pocas garantías laborales, entre los manifestantes se encontraban docentes pertenecientes a FECODE quienes también exigían la abolición del estatuto docente y un presupuesto que se ajustara más a sus necesidades, entre otras cosas.

Sin embargo, en esta ocasión el gobierno nacional destituyó a un buen número de docentes, con quienes tendrían que negociar más adelante, después de varias reuniones, en ese mismo año los dirigentes de FECODE junto a los delegados del ministro de educación firmarían el estatuto docente de 1977 en el cual se les exige a los docentes haberse graduado de la universidad y estar escalafonado en el magisterio antes de ejercer su labor docente, lo

que fijaba metas más claras de estudio, también se fijó un sueldo de acuerdo al grado en el escalafón, se quitó el poder que tenían los alcaldes y gobernadores para destituir maestros, pero a pesar de que las dos partes firmaron el acuerdo, a los docentes les incumplieron algunos de los acuerdos, limitando su libertad de cátedra y de participación en asuntos políticos.

En los años posteriores FECODE lideraría las acciones para garantizarles tanto a los docentes como a los estudiantes una mejor educación, en 1993 por el trabajo que los miembros de esta organización realizaron junto a los miembros del gobierno de turno, se pudieron aprobar dos leyes que garantizaban, entre otras cosas: autonomía escolar frente a las disposiciones del estado frente a los contenidos educativos, la misma calidad en la educación tanto de escuelas privadas como públicas, la defensa de la educación gratuita y pública a cargo del estado y la responsabilidad financiera de la educación pasaba a manos del estado y ya no de los municipios y departamentos. Entre las reformas que se dieron también se encuentra la de índole religiosa en donde *religión* sigue siendo una materia en los colegios pero ya no es obligatorio tomarla. Con el paso de los años esta federación ha promovido y participado en diferentes movilizaciones sociales en pro de los derechos de los docentes y de la mejora de sus condiciones laborales en todo el territorio colombiano.

# Capítulo I

## **Libros y armas: la valentía en Alaska**

A las diez de la mañana cuando Alexander sintió la primera detonación respiró profundo, dejó la tela de bordado a un lado y se llevó a los niños a una esquina del salón. Acurrucados y protegidos solo por un par de paredes escucharon como las balas rebotaron contra las marquesinas de las ventanas y como cinco de ellas impactaban a quinientos metros de donde estaban sentados bordando para distraerse del enfrentamiento. La escuela se encontraba en la mitad de una zona de guerra.

Se les olvidó almorzar y ocasionalmente uno que otro niño le preguntaba “¿Cuánto tiempo va a durar profe?” y él rogándole a Dios no equivocarse le respondía “solo un ratico más.”

A las tres de la tarde cuando por fin las FARC y la división de antinarcóticos del ejército terminaron de combatir afuera de la escuela Alex y los niños pudieron dejar de bordar. Ese octubre del año 2006 después de 14 años de labor educativa Alexander Santa decidió dejar de ser maestro.

Alex llegó a Buenos Aires a los dieciocho años reemplazando a un profesor, estaba terminando el colegio y en sus planes no estaba convertirse en docente, pero entre las levantadas a las seis de la mañana y las caminatas de veinte minutos desde la finca en donde se quedaba hasta la escuela, se fue enamorando de su profesión, “el alcalde me dijo que si me gustaba ser docente que me quedara pero con el compromiso de hacer la licenciatura”,

dice Alex sonriendo, y así fue como en 1997 comenzó a estudiar su licenciatura en educación en la Universidad del Quindío. Al principio vivir en la montaña fue difícil, nunca había vivido en el campo y los padres de familia se sorprendían al ver a un muchacho tan joven como profesor de sus hijos, sin embargo, el ritmo de vida tranquilo de un corregimiento como ese le hizo pensar que su tiempo libre junto con el de los niños cuando salían de la escuela se podían aprovechar de mejores formas por lo que entusiasmado comenzó a hacer clases lúdicas de danza, teatro, pintura y deportes después de la escuela, “esas actividades lúdicas en la tarde sirvieron para que muchos volvieran al colegio y continuaran su primaria”, agrega con orgullo.

Los habitantes de Buenos Aires, un corregimiento del municipio de San Pedro en el Valle del Cauca, incluso antes de la llegada de los paramilitares estaban acostumbrados a la presencia de algún grupo armado ya que al estar ubicado casi en el centro del departamento en medio de una zona montañosa, sirvió como corredor para que los grupos armados se movieran entre el Valle y el Tolima, puntos estratégicos para la movilización de armas y personas. Sus pobladores a diario sentían moverse a los guerrilleros a través de las hojas pero nunca casi se manifestaban ya que si los campesinos no se metían con ellos, tampoco los molestaban.

## **La incursión**

Como una predicción siniestra días después de que alguien dijera lo aliviados que estaban en el pueblo al no estar viviendo lo del Urabá Antioqueño, los paramilitares llegaron a Buenos Aires el 12 de septiembre de 1999 y sacaron a todo el mundo de sus casas.

En medio de la confusión y el frío de esa madrugada los llevaron hasta la plaza principal y los separaron en grupos: hombres a la derecha, mujeres a la izquierda, niños y ancianos en una esquina, por último en el lado opuesto de la plaza pusieron a los tenderos a quienes les saquearon sus tiendas. Los uniformados se paseaban de un lado para otro de la plaza apuntándoles con sus fusiles a las personas, mientras que les gritaban a los niños que en un par de años volverían para asesinarlos por ser guerrilleros. Esa noche el pueblo no solo perdió la paz sino también al inspector de policía y a un joven a quienes asesinaron en frente de todos para reafirmar su mensaje de cambio y de terror.

Días más tarde otro grupo de paramilitares llegó al pueblo y reunió de nuevo a la gente en la plaza “nos dijeron que le pedían perdón a la comunidad pero que eso que había sucedido ese domingo en la madrugada era un grupo de choque que tenían los paramilitares para llegar a amedrentar a la comunidad y que el grupo con el que estábamos hablando en ese momento era el grupo de reconstrucción social y que ellos nos iban a acompañar y a brindar protección, y que iban a acabar con problemas sociales de los jóvenes, con los drogadictos que por supuesto en nuestra vereda no había”, recuerda Alex con tristeza. Ese día el bloque Calima de las AUC que dominaba la zona puso su centro de operaciones en el pueblo, llegaron con 500 paramilitares de todo el país a establecer su campamento en los alrededores de Buenos Aires y combatir a la guerrilla.

Por arte de magia y por el ruido de las balas la gente empezó a desaparecer en un abrir y cerrar de ojos, muchos salieron a trabajar en la mañana y jamás volvieron y otros como dicen por ahí literalmente cavaron su propia tumba, mientras en el pueblo se intercalaban las detonaciones de los fusiles y el silencio de los inocentes.

Más de una vez se llevaron a quién no debían por un chisme o una confusión y pocos sobrevivieron para contar la historia, al hermano de Ecardo se lo llevaron de la casa porque tenía el mismo nombre que un jefe guerrillero quien era objetivo militar, “fue una vaina muy difícil de ver como se te llevan a un familiar en esas condiciones, amarrado y empujándolo. Uno ya sabe cuando uno ve un tipo con un hacha en el hombro que mínimo lo van a descuartizar y lo van a torturar es lo que pensaba uno,” dice mientras mira a la puerta de la casa con nerviosismo, como si temiera que aquellos fantasmas que está evocando regresaran para llevárselo a él. Su hermano se salvó por un pelito y porque el encapuchado, el informante de los *paras* dentro de la comunidad, llegó antes de que lo fusilaran gritando que ese no era el hombre. Cuando su familia escuchó ¡MAMÁ! en lugar del disparo que anunciaba su muerte el corazón de Ecardo casi se le sale del pecho, y a pesar de la alegría el recuerdo de esa noche y de todas las noches que escucharon los bombazos aún sigue viva en la memoria de su madre, “ella escucha cualquier pólvora en la casa y ella si se asusta porque piensa que es una bala, porque a ella la devuelve *¿será que eso es un tiro mijo? ¿Dónde estarán matando?*”.

A partir de entonces una bruma de zozobra e incertidumbre cayó sobre los habitantes de Buenos Aires lugar al mismo tiempo en las esquinas del pueblo hombres armados los

vigilaban a todos, con quienes hablaban y qué decían. El parque se convirtió en el centro de operaciones del bloque Calima y ahí se armó una carpa desde donde dirigían los movimientos de la zona. El terror y la incertidumbre hicieron nido en las vidas de todos los campesinos que no sabían cuando iba a llegar su hora, ya que por las veredas y corregimientos cercanos empezó a circular los rumores de que cualquier hombre soltero y sin hijos podía ser reclutado a sus filas, “lo que uno temía era eso, que el día de mañana que uno llegaba al pueblo a estudiar esa gente lo cogiera a uno y se lo llevara a sus filas”, asegura Ecardo Monar quien fue alumno de Alex. Por eso muchas familias se fueron de la zona sin mirar atrás, ya que entre el miedo de que llegaran las seis de la tarde, hora del toque de queda, fuera de la casa y en el afán de proteger a sus hijos, la escuela pasó de tener ciento cincuenta estudiantes a tener cincuenta y a que de ocho profesores solo se quedaron cinco.

### **Llegaron a todas partes**

El día que Alex llegó al salón de clases y encontró a un hombre de uniforme, armado con un fusil esperándolo al frente de la clase, supo que ahora ellos también dominaban la escuela. Se quedó todo el día parado ahí a su lado y a partir de ese entonces todas las clases eran vigiladas por algún paramilitar que estaba pendiente de que los profesores no dijeran nada incorrecto o subversivo, a Alex los nervios lo rondaban porque no solo tenía que elegir con cuidado sus palabras sino también responder a las preguntas indiscretas que le hacían los más pequeños, *”los niños empezaban a preguntar profe y el que hace, profe porque tiene un*

*arma, que mire que me está mirando mucho y uno empezaba lógicamente con nervios a titubear a tratar de disimular que también como profes teníamos nervios o miedo*". Alex recuerda con tristeza como sus clases no volvieron a ser iguales porque ya no pudo dictar materias de política ni tampoco hablar de religión, por lo que poco a poco se fueron convirtiendo en talleres de escritura y dibujo para distraer a los niños, nadie quería correr riesgos.

Como parte del supuesto cambio que los paramilitares llevaban les propusieron a los cinco docentes que quedaban unirse a su causa, pero ellos confiados en que la revolución se hace desde la escuela declinaron la oferta, porque estaban allí para educar no para disparar y como aquellos que les propusieron eso eran parte de la fracción de reconstrucción social no lo tomaron a mal, pero Alex recuerda que antes de irse les dijeron: "No profe, si chévere pero tienen que tener en cuenta como lo hacen y lo que dicen. Ahí nos dimos cuenta que lo que teníamos que decir en clase era muy limitado", sus sugerencias podían llegar en cualquier momento y en cualquier lugar, alguna vez mientras Alex y dos de sus compañeros caminaban por una de las calles del pueblo un par de hombres se acercaron para sugerirles que las cosas con el estado no eran de esa manera y que la religión oprimía al pueblo por lo que era mejor dejarla a un lado.

Si hubo algo que no hicieron los *paras* fue interrumpir abiertamente una clase para refutar algo de lo que decía el docente, jamás los asustaron así. Sin embargo, de vez en cuando a alguno de ellos le entraban las ganas de jugar un partido de fútbol, por lo que iba al salón e invitaba a los estudiantes más grandes para que lo acompañaran al parque del pueblo, que

quedaba en el centro entre dos montañas en las que se encontraban los grupos adversarios, “nosotros ahí éramos blanco fácil si de pronto a la gente de allá arriba le daban ganas de disparar, nos podían dar ahí. Ese era un riesgo inminente al que nos exponíamos y nosotros jugábamos y mirábamos a las montañas a ver que iba a pasar” recuerda Ecardo quien juega nervioso con sus manos recordando el miedo en lugar de la alegría al patear el balón.

A parte de las invitaciones deportivas y las vigilancias silenciosas los paramilitares entraron muy poca veces a la escuela, cuando iban fue para advertirles a los docentes y a los niños que se quedaran adentro y se escondieran porque iba a haber un enfrentamiento con la guerrilla y no querían que ellos fueran blanco de ataque, pero por más que intentaran tener buenos gestos con un pueblo al que estaban oprimiendo tanto grandes como pequeños no olvidaban a los que se esfumaban sin razón alguna. Incluso los niños con su mentalidad desprovista de odios y maldad, en su inocencia veían solo buenos y malos, defensa versus amenaza que se reflejaba en sus dibujos “comenzaron a dibujarse como guerrilleros y uno le preguntaba al chico porque dibujaste eso, y él respondía: es que yo quiero ser guerrillero para ayudar a mi familia o para defender al pueblo”, enfrentarse a eso y cambiarlo en el ambiente tan hostil en el que estaban fue un reto enorme para quienes se quedaron en la escuela.

Con el paso del tiempo los docentes se las ingeniaron para reducir el eco del ruido de las detonaciones que resonaban en las montañas, más de una vez les tocó escuchar los enfrentamientos desde el aula de clase llena de niños quienes ya casi no preguntaban lo que pasaba, porque todos sabían o se imaginaban que eran los malos, en su lugar se sentaban a ver los videos de las tele aulas que les colocaban los profes en el televisor con el fin de que

el abecedario o el proceso de la fotosíntesis le ganara la batalla a las balas que afuera resonaban. Alex mientras mira a su alrededor con tristeza asegura que los primeros meses bajo ese régimen paramilitar en el que todos eran vigilados y en donde a ninguna casa le faltaba su monstruo armado custodiando los pasillos fueron muy difíciles.

En la escuela Alex ya no les enseñaba matemáticas ni geografía, les enseñaba algo mucho más importante: a sobrevivir. Por eso siempre les advirtió a los niños que se mantuvieran alejados de estos hombres e intentaran lo menos posible hacerles favores e interactuar con ellos, pero sobre todas las cosas les dijo una y otra vez que si alguien les preguntaba algo aplicaran la ley del silencio, ahí nadie sabe algo, nadie ha visto nada.

Con todas sus fuerzas Alex intentaba que el trauma de los niños mientras estuvieran en la escuela fuera mínimo, que no pensarán en su dolor, en la zozobra y el miedo que invadía a la mayoría de los adultos, pero a pesar de sus esfuerzos, cuando las AUC que dominaban la zona, se enfrentaron contra la guerrilla en el parque del pueblo usando balas, granadas y morteros gran parte de su esfuerzo se esfumó, “fue tenaz, no podíamos salir del colegio porque teníamos niños y no podíamos sacarlos del colegio por seguridad” me dice Alex con seriedad.

Ese día los niños vieron desfilar a la muerte por la puerta de su escuela, “estábamos estudiando y a los paramilitares los hostigaron ahí y nos tocó tirarnos pues al suelo y nos tocó ver como ellos bajaban a los muertos y como los tiraban como si fueran un palo, los arrumaban en una esquina” asegura Edcardo quien aún recuerda ver a Alex en el suelo

cubriéndose la cabeza con las manos e intentando calmar a los niños que estaban más asustados. En ese momento por su mente pasaron todo tipo de cosas, su madre, su familia, lo que había querido hacer, la injusticia del conflicto, la impotencia de no poder hacer nada y el riesgo inminente en el que estaban. Sus compañeros tirados en el piso mientras los profesores decían que ya no se podía enseñar en esas condiciones, “uno en el piso ya sabía que el estudio se murió aquí con eso, en el piso concluía ya de que definitivamente estudiar no se podía más”, me dice Edcardo a quien se le puso la piel de gallina mientras se acordaba la cantidad de jóvenes caídos y manchas rojas en el césped que vio ese día.

### **Las pruebas de fuego**

Primero los pararon en la calle a los docentes y les dijeron que tuvieran cuidado con lo que decían, ellos entendieron el mensaje, pero eso no fue suficiente para los paramilitares que continuaron intimidándolos todos los días. Después quisieron probar cuanto deseaban los profes quedarse enseñando en pueblo por lo que limitaron sus salidas hacia la ciudad, “era un secuestro con permisos quincenales, yo siempre lo he dicho así porque solamente podíamos ir a nuestras casas cada 15 días”. Para Alex y para el resto no fue fácil, a las doce del día de todos los viernes iban donde el jefe paramilitar para ver si ese fin de semana los dejaban bajar, él sí estaba de buen humor les decía que sí y ellos salían corriendo a recoger sus mochilas y caminar durante cinco horas hasta el pueblo; pero si el comandante estaba de mal humor les decía que no, que si preguntaban al día siguiente a lo mejor los dejaban ir y

les decía que recordaran que esa restricción era por su propia seguridad. Así que los ocho docentes que iniciaron y después los cuatro que se quedaron con el alma en los pies se devolvían a la casa que compartían, desmoralizados pensando que de seguro esa semana aparte del miedo de no saber si iban a sobrevivir al fin de semana, también iban a aguantar hambre, porque la remesa de treinta mil pesos que les dejaban subir, solo les alcanzaba hasta el miércoles.

Queriéndoles recordar que los paramilitares no solo tenían el poder sobre lo que se decía en la escuela sino también todos los aspectos de sus vidas, en el pueblo ubicado a 2.600 m.s.n.m un día encontraron que se habían llevado las puertas y ventanas de la casa y del baño y que su lugar tenían a un par de paramilitares armados esperándolos en el pasillo, que los acompañaban día y noche en la sala o en la cocina como si fueran su propia sombra.

Al verse asediados y expuestos de todas las formas inimaginables, con el frío metiéndoseles por las entrañas y congelando sus noches, fueron a hablar con el alcalde, quien ostentando únicamente una autoridad de papel, recuerda Alex que les dijo “ustedes tienen derecho a tener miedo, yo tendría miedo, no estaría allá, pero yo no puedo trasladarlos, si quiere renuncien”, Alex mira hacia la puerta de la casa y dice “eso nos dio paso a no irnos nunca, a no renunciar, nos dio como más fortaleza. Dijimos no tenemos acompañamiento ni apoyo de la instituciones pero igual aquí nos quedamos”, concluye con un fervor y devoción casi cristianos se enredan en su voz.

Los paramilitares se turnaban para tenerlos vigilados y evitar que se comunicaran con alguien de afuera o que conspiraran en su contra. Las necesidades de sus cuerpos, así como el destino de sus vidas, también estaban sometidas a la voluntad del *para* de turno quien decidía si les daba permiso para ir al baño en las noches o si esa semana podían tener la remesa para cocinar, por lo que no pasó mucho tiempo antes de que el arroz con atún, el arroz con sal y aceite e incluso el arroz sin nada solo cocinado en agua, tuvieron que aplacar el hambre en el estómago de Alex quien con su metro ochenta de estatura pesaba cerca de cincuenta kilos.

Los docentes acostumbrados ya a las frías noches, regresaron un lunes al pueblo después de que por un milagro el jefe paramilitar les hubiera dado permiso para salir, regresaron llenos de energía y cuando entraron a la casa se dieron cuenta de que además de no tener puerta y ventanas, estaba prácticamente vacía porque también se habían llevado las ollas y las camas. Alex y el director de la escuela se armaron otra vez de valor y rezando un par de padres nuestro mentales por el camino, llegaron para hablar con el comandante:

— ¿Qué pasó profe?— le preguntó el comandante cuando los vio llegar

—No es que mire que somos los profes que estamos allá en la casa donde no hay ventanas y puertas pero se llevaron las camas — le respondió el director de la escuela.

— ¿cómo así? déjeme ya hablo— contestó el comandante, quien enseguida llamó a uno de sus compañeros y les ordenó que les devolvieran las cosas.

“Cuando nos devolvieron las camas los colchones no servían porque los habían tirado en el lodo, en la tierra y estaban llenos de agua, de tierra de lodo y eso no servía y nos tiraron todo allá adentro, con las tablas, todo desarmado.”

Los miembros de la comunidad que tenían los labios sellados, pero no los ojos vendados frente a estas injusticias les regalaron, de donde pudieron, cuatro camas y muchas cobijas para que las noches de sus profesores no fueran ni tan frías ni tan incómodas. La gente dio lo que tuvo y lo que pudo para armar de nuevo la casita de los profes que la violencia la había dejado vacía.

Con seguridad Alex recuerda que nunca los encañonaron ni los amenazaron con un arma pero que si los intimidaron en silencio y que poco a poco quisieron quebrantar sus almas demostrándoles que estaban en la mira de todos los fusiles. Su casa estaba abierta a cualquiera pero casi nunca recibían visitas y no era raro ver dos o cuatro profesores caminar siempre juntos por las calles sin hablar mucho con la gente y sin molestar a nadie, “estábamos aislados, no podíamos hacer nada y si estábamos mucho en una casa teníamos que salir rápido para no meter problemas a esa familia, y en cada casa de las que quedaron habitadas en el pueblo donde entrábamos, siempre había un paramilitar en la entrada o en el patio de la casa. Eso fue como una vigilancia extrema ahí.”

Cuando llegaron los *paras* a Buenos Aires el transporte público dejó de subir por lo que en esas ocasiones excepcionales en las que el comandante les daba permiso a Alex y a sus compañeros para ir a la ciudad caminaban casi ocho horas para poder ver a sus familias,

pasaban por la trocha y cortaban camino a través de las montañas y del río y cuando finalmente veían las primeras casas que marcaban el inicio de la ciudad suspiraban de alivio porque por lo menos durante un par de días tendrían ese aire refrescante de no mirar sobre sus espaldas todo el tiempo esperando encontrar un arma apuntándoles por detrás.

Para doña Susana, la mamá de Alex no era fácil ver a su hijo en esas condiciones, agotado, medio sucio por el viaje y con los huesos marcándosele en las mejillas, en más de una ocasión sus padres le pidieron angustiados que renunciara, que no volviera más ni se arriesgara a que lo mataran por ahí, porque eso no era vida. Pero él se negó todas las veces que se lo plantearon “yo había adquirido un compromiso con la gente y no me sentí capaz de renunciar, no me sentí capaz de dejar a la gente tirada, yo me quedé ahí hasta el final” así que todos los lunes sin falta alguna Alex se reunía con sus compañeros y juntos se iban en la chiva de regreso a su cárcel. Alex no quería renunciar y tampoco podía quedarse en la ciudad y contarle a alguien lo que estaba pasando, primero porque alguna vez cuando apenas ocuparon el pueblo los *paras* le habían advertido que debían regresar porque sabían dónde vivían sus familias y no dudarían en buscarlos. Y segundo porque la gente del pueblo al que nunca subió el ejército mientras estuvieron las AUC en la zona, no confiaba en las autoridades que también podían estar viciadas.

A pesar de todas sus dificultades solo un par de veces los docentes cerraron la escuela, una de ellas fue en diciembre del 2000 después de un enfrentamiento entre la guerrilla de las FARC y los *paras*, los pobladores aterrorizados de que los primeros no respetaran a los campesinos y con el rumor de que los segundos estaban ajusticiando a las personas por los

pueblos del camino, abandonaron el lugar buscando la tierra prometida como los israelitas o por lo menos un poco de la seguridad, que Dios les había prometido a sus hijos, en la ciudad. Niños, ancianos, hombres, mujeres y animales cargando las pocas pertenencias que sus dueños se pudieron llevar enfilaban la procesión hacia Buga.

Alex acompañó a las personas en ese éxodo, las instaló en el coliseo y todos los días las visitaba para ver que necesitaban y cómo se estaban acomodando, “yo ya no me veía como docente sino como un protector, tenía que proteger, tenía que acompañar, entonces fue más bien un rol protector, de estar allí, y de dar fortaleza.”

Sin embargo a medida de que la situación fue empeorando los docentes presionaron al alcalde para que los fuera trasladando a uno por uno, pero el alcalde, así como la mayoría de pobladores también estaba entre la espada y la pared ya que la comunidad le exigía que el colegio dictara clases, así que él hizo lo que pudo para complacerlos a todos y pronto sólo quedaron Alex y el director de la institución, quien también fue trasladado a otra sede educativa porque estaba muy enfermo.

El reto fue el mismo para todos solos o acompañados debían permanecer fuertes sin importar lo que pasara “lloramos infinidad de veces detrás de las puertas, o sea cuando nos quebrábamos y no podíamos más. Yo me encerraba en la biblioteca y me apegaba a la puerta, respiraba y salía”, porque sin importar lo que pasara la función debía continuar.

Al final solo quedó Alex dictándoles clase a los cincuenta o a los veinticinco niños que a veces llegaban a la escuela, viviendo solo en la casa sin puertas ni ventanas.

## **Alaska se tiñó de sangre**

El miedo que sintió Alex y el resto del pueblo ese 10 de octubre de 2001 difícilmente lo puede olvidar, su cara se pone mucho más seria y un velo de tristeza cae sobre sus ojos. No ha parado de jugar con sus manos pero en el momento que recuerda la masacre de Alaska las entrelaza con fuerza y mira a lo lejos como si volviera a ver los tres buses de servicio público que llegaron ese día a las cuatro de la tarde a la plaza del pueblo llenos de paramilitares sonrientes y alcoholizados que cantaban sus victorias a todo pulmón.

Los campesinos primero vieron con sorpresa y algo de temor la inusual caravana, pero cuando los escucharon hablar el terror se apoderó de ellos “los que estábamos en el pueblo estábamos aterrados cuando empezamos a escuchar que ellos decían ¿viste cómo murió?, ¿viste como corría? ¿Viste el tiro que le pegamos?” Alex y los otros que estaban ahí corrieron a prender el radio donde el locutor informaba consternado el asesinato de 24 campesinos en las veredas de Alaska, La Habana y La Magdalena, todas cercanas a Buenos Aires, a manos de los miembros del Bloque Calima.

Todos pensaron que si los *paras* habían asesinado a la gente de esas veredas en las que nunca habían estado, ¿qué esperanza tenía Buenos Aires de librarse de la matanza? Viéndolos reírse y beber estuvieron seguros de que solo habían parado ahí para terminar con lo que quedaba del pueblo y con quienes quedaban en él. Elevaron sus últimas plegarias al cielo y esperaron en silencio que también a ellos les llegara la hora, “nos encerramos, ese día todos los

paramilitares que habían ahí hicieron un festival, mataron una vaca, tomaron, consumieron sustancias psicoactivas, felices porque habían cometido esa masacre y nuestro temor a la madrugada, medianoche era que iban a hacer lo mismo con nosotros, estábamos preparados para lo peor.”

Los primeros rayos del sol anunciaron que los *paras* hartos de comer y beber se había ido del pueblo sin tocar a nadie, semanas más tarde se darían cuenta de que también habían abandonado la zona, dejando una estela de dolor y desolación en todo el lugar, “ese sentimiento allí fue de rabia, de dolor, de venganza de que uno mismo como adulto decía no tener algo aquí para yo destruir a toda esta gente. Asistir a ese funeral de los veinticuatro fue duro, sí había sido duro enterrar a un inspector de policía y al joven que mataron la primera vez, imagínate lo duro de ir a ese funeral” dice Alex quien se agarra las manos con tanta fuerza que se le marcan las venas y los nudillos.

La escuela no abrió los días siguientes porque ni Alex ni sus compañeros tenían ánimos para dictar clase, habían perdido a los amigos y conocidos de toda la vida y muchos niños también habían perdido a sus padres o hermanos. El viento ya no llevaba las risas infantiles por los pasillos del colegio porque una vez más todos salieron corriendo por el miedo de que aparecieran de un momento a otro a hacer lo que aquel 10 de octubre no habían hecho en el pueblo, solo unos pocos se quedaron cuidándoles las casas a sus vecinos. En vista de que los niños no estaban Alex regresó a Buga donde lo reubicaron en un colegio local, pero no se sentía igual, los niños y sus compañeros no eran los mismos por los que él había aguantado tantas cosas, así que cuando escuchó, semanas más tarde, que la gente estaba retornando a

Buenos Aires empacó de nuevo sus maletas regresó para reconstruir la tierra a la que le estaba dando los mejores años de su vida.

### **La reconstrucción**

Buenos Aires que durante dos años y medio había sido territorio de los paramilitares ahora le pertenecía de nuevo a la guerrilla, quien los había expulsado de la zona después de dos combates intensos en los que los *paras* perdieron muchos combatientes.

Cuando la gente regresó era un pueblo fantasma, esporádicamente se veía a alguna persona pasar o el cacareo de unas gallinas tan rápidas y lejanas como fantasmas. El centro de operaciones fue levantado del parque y no se veía ni la sombra de un hombre armado. Sin embargo, durante meses la gente tenía miedo de que llegaran los de uno u otro bando a ajusticiarlos a todos, de nuevo se dictó la ley del silencio, nadie sabía nada ni había visto algo, “no se hablaba o se hablaba en clave, no se decían paramilitares sino aquellos o los pájaros, se utilizaban otras palabras para hablar porque siempre estaba el temor de que alguien estuviera escuchando.”

Alex se comprometió a reconstruir el tejido social que el conflicto había destruido no solo en su vereda sino también en las aledañas, dio clase los fines de semana y alfabetizó a los adultos que quisieron volver a estudiar, organizó de nuevo sus grupos de teatro y danza, quería que la gente empezara a sentir otra cosa diferente al miedo que había sentido durante dos años y medio, “la gente se hizo presa en sus casas, y ya no salía por el temor de que algo pasara, se

encerraban perdieron la confianza, no le hablaban a nadie, se encerraron tanto físicamente como espiritualmente, se encerraron para no tener que encontrarse cosas en la calle,” por eso rompió barreras y desafió los temores de otros e incluso los suyos, haciendo encuentros y compartires en la noche porque estaba convencido de que si las personas no empezaban a vencer el miedo a la oscuridad y sus terrores, jamás iban a abandonar sus casas.

El colegio también fue reformado, la alcaldía mandó a construir una biblioteca, alojamientos para los estudiantes y una gran sala de sistemas para que los niños terminaran sus estudios, “fue difícil decirle a los estudiantes venga vuelva al colegio que no va a pasar nada, hay tranquilidad, ya se fue la guerra, no les va a pasar nada”. Alex y los compañeros que regresaron o se fueron vinculando caminaron de vereda en vereda, casa por casa convenciendo a todos de que era necesario regresar al salón hasta que funcionó, consiguieron 75 chicos en total y abrieron cursos así fuera con un solo estudiante porque en esos nuevos tiempos no le iban a negar la educación a nadie.

Alex también convenció a los adultos que habían llegado hasta séptimo u octavo para que terminaran el bachillerato así que todos los fines de semana agarraba las guías que tenía en la escuela y se iba a dictarles clase a las veredas. Con orgullo en los ojos y una sonrisa de oreja a oreja me dice que todos ellos se graduaron por lo que todo su esfuerzo si valió la pena.

## **La estocada final**

Fue en 2006 cuando a Alex lo trasladaron a la sede educativa ubicada en La Pradera que sintió el conflicto en la puerta de su escuela. Para él era casi normal escuchar al avión fantasma un par de veces en la noche, sin embargo ese día el avión comenzó a sobrevolar la escuela donde él estaba dictando clase, a lo lejos podía distinguir sus disparos a plena luz del día porque las ráfagas golpeaban en las ventanas. Los niños comenzaron a inquietarse así que cambió de actividad y se sentó con ellos a bordar punto de cruz.

La escuela quedaba justo en un valle en medio de dos montañas desde donde se disparaban los unos a los otros. De repente y sin previo aviso sintieron como el avión fantasma se paraba encima de la escuela y desde ahí disparaba a los adversarios, Alex y los niños escucharon las ráfagas de las granadas que lanzaba el avión y los cartuchos que caían sobre el techo de la institución y en un colegio en donde había más cristal que paredes para protegerse, Alex amontonó a los niños en el hueco detrás de la puerta donde siguieron bordando. De vez en cuando sentían unas balas rebotar contra el metal de las ventanas o impactar en las pocas paredes de cemento que estaban a su alrededor.

Cada vez que sentía algo caer, Alex miraba hacia el techo rogando porque solo fuera una ráfaga y no algo que pudiera explotar en cualquier momento, luego de la oración silenciosa volvían de nuevo la atención hacia el grupo y revisaba que el punto de cruz de todos los niños estuviera quedando bien. Perdió la calma solo una vez cuando cinco balas impactaron en la pared que estaba más cerca de ellos, de nuevo él cerró los ojos, le rogó a los cielos y recuperó la calma.

Durante cinco horas Alex y los niños esperaron que las FARC y el grupo antinarcóticos del ejército terminaran su combate, unos se retiraron por la carretera que va para Tuluá otros se internaron en las montañas. Ninguna autoridad volvió a la zona para inspeccionar los daños, nadie preguntó si habían quedado heridos, “de todo el conflicto que me tocó vivir fue allí donde yo sentí que el conflicto venía de todas partes, que no solo era paramilitar, que no solo era guerrilla sino también era el estado, porque ellos estaban disparando de frente a la escuela, el ejército y la policía”, me dice con amargura.

Nueve años después de haberse alejado de las aulas de clase no se arrepiente de los 14 años que le entregó a la comunidad, pero lo entristece ver que una de las consecuencias que dejó el conflicto en la educación en las zonas rurales es su baja calidad ya que ahora los docentes profesionales no quieren ir a estas zonas, por miedo de que les pase algo parecido a lo que vivieron él y sus compañeros, mientras que los niños que asisten a estas escuelas pagan las consecuencias cambiando de profesor cada tres meses, “el que se va allá es porque tiene una vocación de misionero y quiere estar ahí, el que no simplemente quiere recibir su nombramiento y pedir traslado después.”

En su mirada hay una tristeza muy profunda al recordar lo que vivió su comunidad y las cicatrices tan marcadas que todo este periodo de violencia dejó en los campesinos y en las generaciones más jóvenes, sin embargo le queda la satisfacción de que a pesar de todos los sacrificios ninguno de sus estudiantes ingresó a un grupo armado, la mayoría de ellos terminaron su colegio y hoy son ciudadanos que le apuestan al cambio, aún hoy 12 años después de todo eso, se emociona cuando vuelve a Buenos Aires y ve cómo la comunidad se

ha ido reconstruyendo y superando su pasado, sabe que aportó un grano de arena a todo el proceso.

Ahora cuando las balas no son más que ecos vacíos en su memoria ya no hay dolor, solo una tristeza infinita al recordar a los que ya no están y al darse cuenta de que los maestros en ese pequeño corregimiento de Buenos Aires, siempre estuvieron solos.

## Capítulo II

## Guerra en papeles y denuncias ignoradas

Esa mañana después del desayuno tres paramilitares armados entraron a la escuela

—Nosotros venimos aquí porque nos llamaron, porque aquí hay mucha guerrilla— dijo el que parecía ser el comandante apenas entraron.

Después les pidió a todos que se identificaran, de inmediato Gonzalo se levantó de la silla y les dijo que él era el director de núcleo de la secretaría de educación y estaba ahí con el docente de esa escuela.

—Los profesores son aliados de la guerrilla —les dijo de frente a los dos profesores. A su lado el otro para sostenía una granada en su mano derecha mientras que el comandante cerraba el agarre sobre su fusil.

Gonzalo Cobo tiene una mirada apacible y pelo canoso, la juventud que lo acompañó cuando ingresó al seminario mayor en Cali y después en Bogotá por momentos parece abandonarlo. A sus diecisiete años no rondaba en su cabeza convertirse en profesor, sin embargo después de graduarse del seminario se dio cuenta de la oración para él no era suficiente, así que con las enseñanzas recogidas de su educación social-cristiana se enfocó en enseñarles a otros a cambiar su historia, “yo creo que la educación sirve para que las personas se liberen, para que tomen conciencia de su papel como personas dentro de una sociedad”, afirma con seriedad.

Comenzó en las aulas de primaria en colegios de la zona urbana, después les enseñó filosofía a los niños de décimo y once hasta que se trasladó a una universidad donde dictaba las clases de teología y ayudaba a los muchachos a crear su proyecto de vida. Pero durante todo este tiempo de trabajo la zona rural siempre le pareció intrigante, como si fuera un libro a la espera de que él lo leyera, así que cuando tuvo la oportunidad se presentó a las convocatorias para director de núcleo en estas zonas.

Gonzalo fue escogido para el cargo en 1982 y entre sus funciones se encontraba hacerle un seguimiento a los docentes que trabajaban en las escuelas y corregimientos aledaños a Pradera, así como de vigilar que en estas instituciones educativas se implementara correctamente el modelo de *Escuela Nueva*. Emocionado se embarcó en esta aventura y con todo el ímpetu comenzó a visitar colegio por colegio, muchas veces a pie porque los camiones lecheros, que eran los que movilizaban a la gente, se demoraban demasiado.

Lo primero que hizo Gonzalo al ser posesionado en el cargo fue conocer a sus docentes y promover reuniones con ellos en las zonas donde trabajan, para entender la situación del lugar, de los niños y de sus familias, “yo les decía a los maestros ustedes tienen que programar enfermedad porque el niño rural tiene caminar una hora, dos horas para llegar a la escuela y si ustedes no van y pierde la venida, además hay peligro entonces programe enfermedad”. Pronto la comunidad lo empezó a reconocer, sabían que era el profesor y por eso los padres de familia se le acercaban a saludarlo y a invitarlo a un café.

Así Don Gonzalo fue conociendo no solo a sus compañeros y a la comunidad, con las caminatas pronto entendió las dificultades de la educación en el campo, no solo por lo difícil que podía ser llegar a la escuela, sino también porque muchos de los docentes que él se encontraba no estaban bien preparados, “a cualquier persona sin preparación los mandaban al campo y a mí me tocó eso en el 82 y yo pensaba si eso fue en el 82 como sería antes. Mi papá tenía una frase que resume eso y era que el maestro que nos enseña no se sabe ni persignar.” Por eso se puso la armadura y el escudo para enfrentarse a los alcaldes y gamonales quienes cambiaban a cada tanto a los profesores de acuerdo a sus intereses y sobre todo para hacerles entender a quienes estaban enseñando en esta zona, que si ellos querían promover el bachillerato primero debían terminarlo los docentes.

El municipio de Pradera se encuentra ubicado en la zona suroriental del departamento a los pies de la cordillera oriental, las montañas rodean al pueblo y a medida que se asciende hacia los municipios aledaños, el clima se va tornando más frío y el paisaje se vuelve mucho más montañoso. Por su ubicación geográfica da acceso al departamento del Tolima, convirtiendo a toda la zona en uno de los corredores de acceso predilectos por los grupos armados que se movieron por estos departamentos durante veinte años, en los que los pobladores estaban acostumbrados a vivir con esas sombras que atravesaban las montañas en silencio, las llamaron las olas, porque llegaban un día de repente y se desvanecían sin hacer mucho ruido, con unos cuantos combates, con periodos cortos de movimiento en donde de vez en cuando se veía desfilar un batallón a través del horizonte.

Durante sus primeros años de trabajo Gonzalo se centró no solo en mejorar la calidad de la educación sino también en trabajar por el desarrollo del campo, habló con los profesores y se involucró activamente con la comunidad, todos los días visitaba de sorpresa una o dos escuelas diferentes para ver que estaban haciendo los docentes y como se estaban comportando los niños, no para fiscalizarlos sino para entender cuáles eran las verdaderas necesidades de las personas en estos lugares. Por aquel entonces las FARC eran solo una aparición momentánea en la vida de los campesinos, todos sabían que estaban por el lugar pero su presencia jamás interfirió con la vida de las personas. En más de una ocasión Gonzalo se encontró a un par de soldados rasos en la lechera que él también usaba para moverse de un lugar a otro, “yo me subía al carro y ellos ya estaban sentados ahí con sus fusiles,” casi siempre los veía en el trayecto hasta Bolo Azul, el ultimo corregimiento que limita con el Tolima, estos hombres nunca hablaron ni con él ni con los demás, ni siquiera entre ellos. Cuando llegaban a la escuela Gonzalo se bajaba de la chiva, se despedía de todos y aquellos soldados se desvanecían en una aparición sin peso ni color.

Solo en una ocasión los sintió muy cerca, recuerda cuando hubo una convocatoria para incentivar el campo con una fundación alemana, Gonzalo junto a varios miembros de la comunidad presentaron la propuesta y fueron seleccionados, la única condición era que el encargado debía ir a conocer la zona, por lo que Gonzalo le comentó preocupado a una de sus personas de confianza en el pueblo el requisito que ponían y su temor a que le pudiera pasar algo al extranjero, a lo que su conocido le respondió con tranquilidad que no se preocupara porque la guerrilla ya sabía quién era él y quien era su familia y que como sabían

lo que estaba haciendo por la comunidad nada malo le iba a pasar. Su voz se vuelve más suave cuando me dice, “yo me asuste porque aunque nunca me llamaron ni me pidieron cuentas, ese día me di cuenta de que la guerrilla si estaba allá y más cerquita de lo que yo pensaba y me asusté,” porque a lo mejor ellos lo conocían mejor que él mismo.

### **El tsunami**

Los paramilitares llegaron a Pradera y sus alrededores entre 1999 y 2000, por la misma época que al resto del Valle, Gonzalo jamás se ha de olvidar del primer indicio de que las cosas en la zona estaban por cambiar.

Ese lunes él y otro profesor subieron hasta la escuela de Bolo Azul en donde el nuevo docente había sido nombrado, los llevaron en una de las camionetas de ASOBOLO, una de las entidades que trabaja en el sector por aquel entonces. Fue en el momento en que terminaron de desayunar cuando escucharon ruidos afuera de la escuela, de repente entraron tres paramilitares al salón donde estaban, uno de ellos los miró a todos y les preguntó quiénes eran, cuando Gonzalo se dio cuenta de que eran *paras* se asustó porque se decía que ya habían asesinado a una familia entera en una de las haciendas más abajo.

De inmediato se identificó como el director de núcleo y a su compañero como el nuevo docente de la escuela. El que dijo ser el comandante comenzó su discurso diciendo que los habían llamado para limpiar la zona de guerrilla, “y de frente nos dijo: los profesores son aliados de la guerrilla. Yo no le decía nada, primero porque estaba muy asustado, yo dije

hasta aquí me trajo el río porque ellos ya debían saber quién era yo, si ya habían llegado a la zona ya tenían la información. Yo lo dejé que hablara y me dijo identifíquese y yo buscaba mi carnet y no lo encontraba”, enfrente suyo uno de los *paras* sostenía una granada en su mano y el comandante había empezado a agarrar con fuerza su fusil. Después de un momento de pánico encontró sus identificaciones y las entregó, los tres hombres las vieron en silencio, solo hubo un pequeño reconocimiento al hecho de que trabajaba con secretaria de educación cuando se las devolvieron, “me repitió como tres veces que los maestros éramos aliados de la guerrilla y eso me asusto más”, continúa recordando mientras agarra sus manos con fuerza, ni Gonzalo ni el profesor respondieron a las acusaciones, se les congeló la sangre mientras sus corazones corrían como locos dentro de sus pechos. El comandante siguió hablando pero sus palabras no tenían mucho sentido para Gonzalo, el hombre armado miró a todos en el lugar y después de decirles *espero que sigan viniendo* desapareció por la puerta seguido por sus tres asesinos.

Cuando a Gonzalo y al resto les pasó el miedo salieron hasta la entrada de la escuela desde donde vieron cómo iba subiendo una procesión de aproximadamente quinientos paramilitares seguidos por mulas y caballos cargados, que anunciaban que la relativa tranquilidad había terminado.

Tan pronto como los *paras* se asentaron en el lugar todo cambió, los asesinatos se volvieron casi pan de cada día, porque tanto la guerrilla como los *paras* mataban a los campesinos que según ellos estaban ayudando al otro grupo, los enfrentamientos se incrementaron, no sólo en las cimas de las montañas sino también alrededor de los caseríos.

Don Cristóbal tiene una mirada triste enmarcada en sus arrugas mientras recuerda como diez años atrás vio las montañas, que rodean la escuela del corregimiento de Potrerito, llenarse con aproximadamente cuatrocientos paramilitares listos para la batalla. Llegaron cuando él estaba arreglando la cerca de uno de los terrenos aledaños a la escuela, apenas los vio mandó a los trabajadores que estaban con él de regreso a sus casas, sin prisa recogió sus herramientas y empujó su carretilla hasta la suya, mientras pasaba por donde los hombres se encontraban los escuchó gritarle varias veces “¡EY! traeme el agua que tenes ahí” a lo que Don Cristóbal les respondía que la botella ya estaba vacía.

Diez minutos después de que llegara a su casa se desató el combate, los proyectiles volaban de una montaña a otra en una lluvia de casquillos mortales que caían por todas partes impactando tanto a paramilitares como a guerrilleros. La gente se encerró en sus casas pero a través de las ventanas veían como los paramilitares seguían saliendo de los límites de la hacienda “La Ruiza”, la más grande de Palmira, en donde estaban asentados. De diez de la mañana a tres de la tarde solo se escucharon los bombazos, las órdenes que volaban de un lado a otro y las ráfagas que levantaban las tejas de las casas y ponían los pelos de punta. A las cuatro de la tarde varios paramilitares pararon en el pueblo y anunciaron que en la noche iban a hacer un barrido y que el que se quedara se atenía a las consecuencias. Como pudo la gente agarró lo que tenía y salió corriendo hacia Pradera, solo dos familias se quedaron, la de Don Cristóbal fue una de ellas “yo pensé si me van a matar que me maten en mi casa.”

“Al día siguiente se podían sacar baldados de casquillos de metralla .50 de las zanjas que están alrededor de la escuela” recuerda de nuevo Don Cristóbal quien a sus 85 años a lo mejor

no tiene muy claro dónde queda indonesia, pero que sí puede reconocer el tamaño de un casquillo de metralla, ha vivido toda su vida en Potrerito y a pesar de tener un marcapasos en el pecho, el eco de un disparo ya no lo asusta como antes ”uno con el tiempo se curte en el conflicto,” afirma con tranquilidad, desechando cualquier idea del temor que uno podría sentir.

Una semana después del enfrentamiento la gente empezó a retornar, pero de vez en cuando por la intensidad de los combates y por el miedo de ser un daño colateral en el conflicto, uno que otro se iba de nuevo hacia la ciudad con toda su familia y las escuelas fueron perdiendo a cada vez más niños porque ya no estaban en el pueblo o porque sus familias tenían miedo de que algo les pasara a sus pequeños, “estaba la escuela en la comunidad pero no mandaban los niños a la escuela por miedo de un enfrentamiento, había poquitos niños también y por eso nos tocó cerrar como cuatro escuelas de la zona alta”, recuerda Don Gonzalo.

La que la escuela del corregimiento de Potrerito pagó las consecuencias de la guerra, ya que al estar rodeada por montañas más de una vez sus ventanas han vibrado por la balas que pasan volando a su alrededor, hace dos años aproximadamente un proyectil cayó en las cocinas de la institución dejando marcas en las puertas que hasta hoy son visibles y que nadie ha ido a arreglar.

Y si las escuelas estaban en medio de las zonas de conflicto los docentes eran los que ponían la cara todos los días cuando este se agudizó. A diario Gonzalo veía subir hasta sus puestos

de trabajo a sus compañeros protegidos solamente por los libros de texto que cargaban consigo, “cuando llegaron los *paras* la guerrilla empezó a matar gente porque ya decían que eran aliados de los otros y el conflicto se agudizó demasiado. Nosotros tuvimos que suspender las clases, yo llamé a mis compañeros para que suspendiéramos las clases en la zona alta, pero ni la secretaria municipal ni el departamento me apoyó y yo dije ¡pero si es la vida de los maestros!” exclama Gonzalo moviendo sus manos.

**La**

**batalla**

Los docentes y la comunidad de esta zona no solo estuvieron en la mira de los proyectiles sino también fueron asediados por la presencia hostil de estos grupos que se habían tomado el lugar como suyo. La segunda vez que Don Gonzalo se encontró de frente con los paramilitares fue cuando iba a un evento de una de las escuelas. Subía en un jepp cuando a un kilómetro del lugar un retén de los paramilitares los detuvo y revisó el carro. — ¿Qué es eso? — Preguntó uno de los hombres

— Bienestarina — respondió Gonzalo.

— Bájenlo — le ordenó el *para*.

—No puedo, si bajo eso se daña porque es bienestarina y eso es del gobierno— le replicó Gonzalo con firmeza.

El paramilitar le ordenó de nuevo que bajaran los bultos pero él siguió negándose a aceptar la orden.

— ¿A dónde van? —preguntó de nuevo.

— Aquí a la escuela— respondió Gonzalo.

—Y ¿Quién es usted?—preguntó otro de los que estaban en el retén.

—El coordinador —mintió Gonzalo. Los *paras* los observaron un momento más y el que había hecho casi todas las preguntas agarró su equipo de comunicaciones para hablar con el campamento donde estaba el comandante, “yo creí que ese día si me iban a llevar allá. Ellos hablaron con el comandante, que hay un grupo de profesores que van para la escuela, y después de una hora nos dejaron seguir.”

Pero ese no fue el único susto, un 31 de octubre en plena celebración del día del niño los *paras* llegaron a la parte alta de El Retiro, pasaron frente a la escuela y unos pocos se quedaron por ahí, más tarde cuando el grupo de docentes que se había quedado, se estaba devolviendo con la gente los pararon por el corregimiento de Férias, los bajaron de la chiva y los pusieron contra la pared. Estuvieron retenidos durante cinco horas en la más absoluta zozobra al no saber si esas iban a ser sus últimas horas en la tierra. Cuando Gonzalo llegó al corregimiento de Lomitas la comunidad le contó lo que estaba pasando más arriba, “yo dije y ahora qué hago porque yo no me podía devolver a la parte urbana y no me dejaron ir a la

parte rural, así que dije esperemos a ver. Ese fue el día más difícil para mí”, añade con un poco de desesperación en su mirada recordando la incertidumbre del no saber qué hacer. Con el control sobre la población incrementándose a cada minuto Gonzalo citó a sus compañeros de la parte más alta, que era la que estaba más cerca de los enfrentamientos y les dijo que suspendieran clases, por su seguridad y la de los niños, pero sus compañeros asustados y confundidos porque la decisión no era oficial sino tomada en conjunto por muchos de ellos, mantuvieron las instituciones abiertas arriesgando sus vidas todos los días para cumplir con su labor.

A ciegas en una situación para la que nadie lo había entrenado Gonzalo hizo lo único que le quedaba, informó a sus superiores, semanalmente enviaba reportes de la situación en la zona a la gobernación y a la secretaría de educación departamental acompañadas por las cartas que redactaban los mismos docentes en donde contaban porque no habían podido dar clase, pero nunca ninguna autoridad se preocupó por ellos, jamás llamaron a Gonzalo para que hablara personalmente en esas instituciones y decidir cómo podían proteger a los profesores. Tampoco podía ir a donde los funcionarios públicos en Pradera para preguntar que hacer por miedo a que los oídos de un bando o del otro estuvieran escuchando y decidieran tomarla en contra suya, por lo que estaba completamente solo y ciego en medio del conflicto con decenas de vidas a su cargo, “a mi parecer en todo ese tiempo, el gobierno nunca se comprometió por la vida del maestro,” asegura con tristeza, mientras juega con sus manos.

En vista de que no tenían ningún apoyo y que sus vidas dependían de la protección que ellos mismos dispusieran, lo primero que hicieron fue ser muy cuidadosos en lo que decían y como

lo hacían. Desde un principio ni Gonzalo ni sus compañeros tomaron lados, ni liberales, ni conservadores, ni comunistas; con el tiempo también acordaron no hablar de lo que veían o escuchaban con nadie que no fueran ellos “la idea era que fuéramos muy prudentes para no confrontar a la gente porque eran los padres de familia los que iban a pagar si nosotros cometíamos errores”.

Gonzalo también les repitió a las familias, una y otra vez como una canción interminable que la seguridad de sus hijos era lo más importante, por eso en caso de enfrentamiento los niños debían quedarse en la escuela y los padres en sus casas, ya que estaban en más peligro corriendo por los caminos completamente desprotegidos a merced de las balas.

Con los profes acordaron también que todos los días llegaran hasta Lomitas para llamar a los demás corregimientos y saber la situación, ningún docente debía andar solo, si alguno de ellos no podía llegar a su escuela a causa de los enfrentamientos, buscaba refugio en la casa de algún compañero y entre todos decidían que hacer, no obstante la orden, oficial o no, era clara: si había conflicto tenía que devolverse de inmediato. Entre padres de familia y maestros también se dieron ese tipo de acuerdos ya que si ellos sabían de algo que la gente estuviera comentando de inmediato le decían al profesor y este a su vez le avisaba lo que pasaba a Gonzalo.

Entre ellos comenzaron a utilizar palabras clave para describir lo que está pasando sin correr riesgos y sin asustar a sus familias, por ejemplo si había un enfrentamiento decían que *estaba lloviendo muy duro*, “un día llamó una profesora y contestó mi esposa, ese día en Palmira

estaba haciendo un día hermosísimo y una profesora llamó y dijo vea dígame al director que está lloviendo durísimo, siendo que estaba en un verano terrible.” Después de colgar el teléfono Leonor, su esposa, le preguntó lo que significaba eso y Gonzalo que no le contaba todo para no preocuparla ni a ella ni a los niños, tuvo que explicarle más a fondo lo que estaba pasando por allá, “yo conversaba mucho con algunos amigos porque en algún momento dado yo podía subir pero no volver porque el conflicto era grave”, afirma en voz más baja para que Leonor que está en el otro cuarto no lo escuche.

El riesgo era cada vez mayor y mejor conocido por todos, pero a pesar de eso la vida seguía por lo que Gonzalo caminaba a todos lados porque el transporte era escaso, a diario visitaba a quienes seguían resistiendo en las escuelas que permanecían abiertas y de vez en cuando se encontraba con miembros del ejército quienes lo detenían, le pedían sus identificaciones y cuestionaban arduamente lo que estaba haciendo en el lugar porque según ellos un director de colegio debía quedarse en su oficina en lugar de estar caminando por ahí luciendo sospechoso y portando un documento de Florida, otro lugar en donde las FARC tuvieron fuerte presencia. “Yo le tenía más miedo a los paras y al ejército que a la guerrilla, pero si yo me sentí también afectados por ellos, yo sabía que no me iban a apoyar ni a defender, pero por lo menos debían tratarme mejor porque eran del estado”, añade mientras recuerda el tono brusco de voz y las innumerables miradas acusadoras que recibió por parte de ellos.

Y aún a pesar del riesgo jamás pensó en renunciar, “en ese entonces decía el único respaldo del maestro soy yo, pues nosotros los otros maestros, entonces lo que me impulsaba era eso, que nos reuniéramos para que el maestro pudiera entender y encontrar un respaldo en

nosotros porque no lo iba a encontrar ni en el alcalde, ni en el secretario de educación del municipio, ni en el del departamento”. Su presencia constante, las medidas de seguridad que se iban inventando a medida que avanzaba el conflicto y la vocación de trabajar por los demás fue lo que les dio la fuerza a muchos de ellos para continuar, “siempre me pareció que el estudiante tenía el derecho de que nosotros trabajáramos por ellos”.

### **El retorno**

A raíz de que en los años 2002 y 2003 el conflicto se intensificó en muchos de los corregimientos y veredas del Valle del Cauca por lo que los campesinos dejaron sus casas en busca de seguridad, muchos de ellos no se fueron muy lejos de la que era su tierra y aguardaron expectantes al momento de su regreso. Gonzalo y sus maestros fueron los únicos funcionarios públicos que quedaron en la zona y que conocían de primera mano lo que estaba sucediendo allí, sin embargo, en las reuniones en Cali y Palmira en las que se suponía que diversas entidades públicas debían coordinar los retornos, su voz era prácticamente ignorada, ya que de nada parecían haber servido sus cartas e informes en las que se leía que el conflicto y la desprotección continuaban “les dije, una vez en una reunión, que los únicos que estábamos en las zonas rurales somos los maestros y ustedes nos acusan de que somos ayudantes de la guerrilla y de los *paras* pero nosotros somos los únicos que estamos poniendo la cara y ahí sí me salí de las ropas y me codeaban, ahí en la oficina del alcalde”, dice sonriendo mientras se acuerda de esa reunión en la que se salió de las vestiduras a pesar de los codeos que le

daba el párroco para que se quedara callado. Aquella vez Gonzalo se les enfrentó con miedo de que en algún momento le echaran en cara los dos meses que una de las escuelas en la zona alta estuvo cerrada, pero aun así no se quedó callado en ningún momento, contradiciendo constantemente al comandante quien insistía en que como allá no estaba pasando nada y había que volver porque eran órdenes del gobierno nacional.

Pero Gonzalo quien sabía más de la situación porque varios padres de familia se la habían comentado peleó por mayor protección para quienes iba a regresar porque lo admitieran o no las autoridades el conflicto seguía estando presente. “A la gente le daba miedo quedarse pero también le daba miedo desplazarse porque la guerrilla, los paras y el mismo ejército les decían que porque se estaban desplazando si ahí no pasaba nada. Muertos y más muertos y que ahí no estaba pasando nada”, dice indignado mientras intenta recordar un poco más de ese tiempo que se ha ido borrando de su memoria, confundido y decepcionado después de haber sido testigo de tantas muertes y desapariciones en la comunidad.

“Fue un milagro que no nos mataran a ningún maestro”, afirma con alivio al acordarse de que si asesinaron a varios padres de familia de la escuela, a los conductores de los Jeeps que los transportaban, a vecinos y muchas más personas porque creían los unos que les estaban ayudando a los otros, pero jamás tocaron a uno de los suyos, “desde el comienzo les dije a los docentes que hay que tener mucha independencia”. Aun así ninguno de ellos habló del

tema directamente con los niños para conservarles un poco de esa inocencia que les quedaba y porque sabían que aunque algunos eran pequeños entendían que había una gente mala haciendo daño a los que se cruzaban con ellos. Y fue justamente esa independencia que Gonzalo tanto recomendó la que los salvó cuando los vecinos se empezaron a acusarse unos a otros de colaboradores de los grupos, “la comunidad de una u otra forma me protegió porque nunca hablaron mal de mí ni me acusaron de nada”, sino la historia hubiera diferente.

### **Las mareas bajaron**

Don Gonzalo renunció al puesto de director de núcleo en 2002, sin embargo no se fue del lugar porque de inmediato la secretaría de educación lo contrató para que ayudara con la apertura de los colegios indígenas en cuatro departamentos colombianos, Gonzalo aceptó encantado porque eso le permitía seguir estando las cerca de la comunidad. A pesar de la retirada de los grupos paramilitares de la zona la guerrilla seguía estando al acecho de aquellos que según ellos se les habían quedado sin ajusticiar, fue así como Gonzalo se llevó el último susto de ese periodo de trabajo en Pradera y sus alrededores. Recuerda que tenía una reunión en la escuela del corregimiento de La Feria con algunos indígenas para hablar de la creación de las escuelas indígenas, pero cuando llegó ahí no había nadie, esperó durante una hora y después mandó una razón al resguardo para ver qué había pasado. Después de un rato bajaron un par de indígenas a contarle que la guerrilla estaba arriba y que si quería subir

era bienvenido, pero Gonzalo no había ido a reunirse con ellos sino con los líderes con los que tendría que trabajar por lo que declinó el ofrecimiento, pero ese no era el único mensaje que ellos le llevaban, antes de seguir su camino le entregaron los saludos de uno de sus estudiantes. En ese momento Gonzalo se dio cuenta con tristeza de que algunos de sus estudiantes ahora pertenecían a esos grupos y se asustó porque no quería que utilizaran sus reuniones o su nombre para sus objetivos.

### **12 años después**

Don Gonzalo después de 35 años de trabajo en las aulas vive una vida tranquila en la ciudad, ya no es docente pero sigue trabajando con y por la comunidad alfabetizando adultos con los programas que tiene la iglesia a la que pertenece, aun sube hasta pradera y visita algunos de sus corregimientos aunque hace muchos años que no ha subido hasta Bolo azul, eso sí, todavía se habla con algunos de los docentes que se educaron cuando él fue director de núcleo y que siguen enseñando en la zona, incluso los niños que corrían por los pasillos de las escuelas mientras él supervisaba que sus profesores cumplieran el modelo de la Escuela Nueva y que ya hoy son adultos, lo invitan a un café cuando lo ven por ahí.

Los desaparecidos de la zona por un momento se vuelven un borrón de nombres y caras, fueron tantos que ya no los recuerda a todos. Por primera vez se ha sentado a reflexionar sobre cuánto lo afectó este conflicto a él y a los otros y una vez más se indigna al recordar que nunca nadie se preocupó por los maestros de la zona. Todavía hoy se sorprende al darse

cuenta de que todas esas medidas de seguridad improvisadas los salvaron a muchos, “vivimos en un país en guerra, pero a los maestros jamás nos prepararon para ella”.

## **Capítulo III**

## **Enfrentarse por la escuela y vivir para contarla.**

Esa noche mientras Anabell lavaba los platos en la cocina se sintió observada. Se asomó por la ventana pero afuera no había nada. Continuó con su tarea pero la sensación de cientos de ojos mirándola no desaparecía, así que cuando vio a alguien, corrió hasta la puerta de la casa y la abrió de un tirón. Se quedó petrificada con lo que vio.

En medio de la noche cien paramilitares la observaron salir de su casa.

— ¡Ay! No pensé que eran tantos señor bendito— susurró entrecortadamente.

—Tranquila profe, — le dijo uno de ellos— es que a las seis de la mañana vamos a hacer una reunión en la escuela y estamos informando en todas las casas. —A ella del susto le entró una risita nerviosa.

—Yo les abro la escuela pero ustedes organizan todo— le respondió sabiendo que no podía negarse a la petición del paramilitar si no quería problemas— eso si yo siempre les he dicho que las escuelas son sitios para respetar, porque si llegan los otros ¿qué?— agregó mientras volvía a entrar a su casa con las piernas temblorosas.

El corregimiento de El Cabuyal es el más grande del municipio de Candelaria, un verde fuerte rodea el pueblo de cinco calles con casas rojas, azules y blancas que han visto desfilar la vida y la muerte frente a sus puertas. Al estar en la parte sur del departamento limita con el Cauca por lo que también el río cauca pasa por sus alrededores y si se sigue el camino que lleva a las otras veredas que quedan hacia la montaña es posible llegar al Páramo de las Hermosas y

de ahí al Tolima, volviéndose otro de los corregimientos predilectos tanto de los paramilitares, pero sobretodo de la guerrilla para movilizarse por la zona.

Anabell es maestra hace veinticuatro años que en su mayoría los ha pasado en este lugar, comenzó cuando tenía apenas quince años y cuidaba a los niños más pequeños en un jardín infantil. Después fue promovida a asistente de la directora de la institución y como los profesores ya sabían que iba cogiendo experiencia la llamaban para hacer los reemplazos cuando ellos no podían ir, su única exigencia era que le dejaran todo el material listo para dictar la clase. Antes de terminar el bachillerato ella ya estaba dando clases en un instituto en el que le exigieron graduarse de once si quería seguir siendo profesora ahí. Meses más tarde y ya siendo bachiller un docente, que sería su mentor durante la universidad, le contó que había una plaza en El Cabuyal, ella no lo dudó y mandó la hoja de vida, a la semana ya estaba nombrada.

Llegó al Corregimiento cuando tenía 21 años, “llegue bien jovencita y las madres como me veían bien pequeñita decían pobre esa profe, los niños no le van a hacer caso y yo les decía ustedes a mí me pueden ver toda chiquitina pero en el salón ¡Jum! Allá si no hay quien me pare” comenta entre risas Anabell.

Una vez allí empezó la universidad a distancia, se graduó de la Javeriana y más tarde también terminaría su especialización con el apoyo de la comunidad. En un principio no le fue fácil acostumbrarse al lugar, porque en este tipo de comunidades tan pequeñas el docente es la mayor fuente de sabiduría que tienen los campesinos y a él acuden si tienen algún problema.

Anabell lo comprobó el día que se murió un campesino y todos corrieron a su casa para que ella rezara el rosario que nunca había aprendido a utilizar, antes de que los dolientes llegaran a su casa corrió a la de la señora de más edad del pueblo y le rogó para que le enseñara “ella me dijo: camine yo la acompaño y usted mira como rezo yo y aprende. Ya en la casa yo le decía espéreme yo copio y yo copiaba todo lo que había que hacer y para qué, pero fui aprendiendo”, añade sonriendo mientras se acuerda como le tocó decirle a la gente que ella sí era profesora pero que no tenía las respuestas para todo y que por eso no podía ayudarlos siempre. Pero entre una y otra pregunta Anabell fue aprendiendo de la vida del campo y de vez en cuando podía ayudarlos cuando de cosechas se trataba.

En medio de todo El Cabuyal siempre fue un corregimiento relativamente tranquilo, para finales de los años ochenta y casi toda la década del noventa cuando la guerrilla era fuerte en el departamento, Anabell y el resto de campesinos los conocían de vista, pero para la mayoría de ellos no eran más que sombras en el paisaje como en otros municipios del Valle.

De vez en cuando ajusticiaban a un miembro de la comunidad que rompió alguna de las reglas que ellos habían puesto, sin embargo nunca se metieron con lo que enseñaban los profesores en las escuelas y tampoco entraron a estas, “profesor que no fuera comprometido le iban diciendo: es mejor que pida su traslado, usted no está cumpliendo con las expectativas que se merecen los niños”. Ni Anabell ni sus compañeros sentían tanto miedo con ellos porque de alguna u otra forma se sentían respetados, no obstante el temor aparecía en sus puertas cuando sentían algún enfrentamiento por los alrededores.

## **El cambio**

En la zona de Candelaria y en los corregimientos que estaban hacia la montaña sus pobladores no sintieron la presencia del estado más que con un par de instituciones que subían a trabajar con los campesinos de vez en cuando y que en 1999 y comienzos del 2000 huyeron despavoridos ante el aumento de los combates entre la guerrilla y los paramilitares que empezaron a incursionar en la zona.

La presencia de los *paras* se sintió con fuerza cuando empezaron a detener las chivas y a pedirles los papeles a la gente mientras les decían cosas terribles, en todas las veredas sabían por dónde andaban porque dejaban una estela de cadáveres a su paso y una procesión de personas huyendo hacia el lado contrario por el miedo de ser acusados injustamente como aquel anciano al que degollaron y dejaron tirado a un lado de la carretera, “ellos se perseguían (los grupos armados) en esa mentalidad de ahuyentarlos y causaban muertes por donde pasaban, porque no median si eran campesinos ni nada y eso causó mucho traumatismo en toda la gente”, recuerda con tristeza.

Muy pocos se quedaron en el pueblo cuidando las casas y las escuelas, aquella vez que Anabell se fue junto a los demás pobladores aterrorizados por una serie de muertes, “ellos nos dijeron: nosotros nos quedamos, si nos pasa algo, que nos pase aquí, nosotros no nos vamos. Uno se ponía triste porque los conocía a todos.”

Después de un par de días todos regresaron en la chiva que les pagó la alcaldía, niños y profesores por igual, porque si había niños en el corregimiento había que dar clase.

Aunque estos grupos nunca molestaron de frente a los profesores, ni les impidieron dar clases o les faltaron al respeto en frente de sus alumnos, las escuelas no se salvaron de ser utilizadas por todos los grupos legales e ilegales que pasaban por la zona y que de vez en cuando le pedían los salones prestados a Anabell para hacer reuniones con la comunidad, “el ejército también hacía eso y al principio era aventado porque cogían las cosas de nosotros a veces sin permiso”, involucrando a civiles e instituciones que tenían prohibido tocar.

Así que cada vez que veía a un hombre con uniforme parado en la entrada de la escuela para entregar algún mensaje le rogaba a los cielos que no hubiera nadie del otro grupo mirando por ahí, se acercaba a hablar con él ahogada por el mismo miedo que sentía toda la comunidad, atada de manos frente a esto para no meterse en problemas. Sin embargo, en medio de la incertidumbre de no saber si se verá un nuevo amanecer, ella siempre les dijo la verdad a estos grupos: “yo les decía este no es un espacio para que ustedes estén aquí, es un espacio para los niños. Qué pena con ustedes pero a mí me respetan mi escuela, porque mi escuela es un sitio de paz y educación”, anuncia con valentía y sin una pizca de temor en su mirada de hierro.

### **Pizarrones zumbantes**

A la profe Anabell, como le dicen sus compañeros, le queda la tranquilidad de que fueran quienes fueran los combatientes en esa zona respetaban las vidas de los profesores y de las escuelas a como diera lugar. Cada vez que alguno de ellos pasaba por la carretera y veía a

algún docente por fuera con los niños les recomendaba que los metieran al salón porque a lo mejor habían enfrentamientos y podían resultar heridos. Así la vida en la escuela se fue transformando gradualmente, los combates que había entre el ejército y la guerrilla sucedían arriba en la montaña, pero cuando llegaron los *paras* estos eran cada vez más cerca de los pueblos por lo que las medidas de precaución debían aumentar, unos meses más tarde los niños no ya no salían a jugar al patio en el recreo porque podían ser alcanzados por un proyectil que perdió su objetivo.

Los niños conocían de memoria el sonido del helicóptero que anunciaba el inicio de toda una mañana dentro de la escuela, estallidos que ahogaban las voces de los profesores y hacían que se les escaparan las palabras de los dictados y los zumbidos constantes de las ventanas, que se mantuvieron firmes a pesar de los ecos de las balas que las ponían a temblar a ellas y a los docentes durante mañanas enteras en las que las clases continuaban, como si estos ecos no fueran más que los cantos de enormes pájaros enfurecidos que poco a poco se hicieron parte del paisaje, “yo intentaba estar tranquila, pero siempre me preocupaba que una bomba cayera por ahí cerca”, confiesa Anabell en voz baja, como si la muestra de su temor debiera permanecer en secreto.

En el momento en que ella sentía las explosiones más cerca le rezaba a Dios en silencio que alejara las bombas de la escuela e intentaba calmar a los pequeños que se alteraban por los ruidos, “yo les decía aquí en la escuelita ustedes van a estar protegidos por mí, créanme que yo los voy a defender de cualquier cosa con mi vida”, añade con la convicción de alguien que es capaz de sacrificarse por otros sin heroísmo alguno. Y como la seguridad de los niños

era su principal preocupación, también hablaba con los padres de familia que ante los ruidos corrían despavoridos a la escuela a buscar a sus hijos sin medir los riesgos que podían enfrentarse en el camino, por lo que una y mil veces Anabell les recordó que estaban más protegidos dentro de la institución que corriendo por el camino en medio de la lluvia de balas.

Si hubo algo que el miedo y la zozobra no le quitaron a Anabell fue el amor por el prójimo y su humanidad, valores que también intentó inculcarles a los niños de su escuela durante todo el periodo que duró el conflicto “yo les decía a los niños: miren a la guerrilla como se viste, miren a los *paras* como se visten, miren al ejército, pero todos somos seres humanos, todos piensan diferente y actúan diferente pero Dios a todos los quiere y nosotros estamos en lo que estamos aquí en la escuela y por eso yo estoy aquí”, ya que entendía que formar en el amor y el respeto a esos pequeños sería clave para sacar a la comunidad adelante, “los profesores que trabajamos en esas comunidades debemos de ser muy comprometidos, realizar un trabajo social con las comunidades, también con la parte integral del ser humano, de los valores que uno tiene que trabajarlos”.

Algo parecido también les decía a los profesores nuevos que subían a las escuelas y le pedían consejos sobre lo que debían o no hacer en la zona, su recomendación era que debían permanecer tranquilos y actuar con normalidad, ya que si algún miembro de estos grupos llegaba a la escuela el docente tenía que salir a recibirlo, saludarlo, preguntarle cómo estaba y que se le ofrecía, básicamente tratarlos como a un padre de familia más, porque el miedo y los nervios se los llevaba por dentro, “entonces si uno nota un arma uno piensa ¡jum señor protégame! A pesar de que yo llevo ya muchos años allá en esa zona como que todavía me

verlas pone nerviosa”, agrega Anabell con cierto aire de normalidad, como si ese tipo de pensamientos ya no la sorprendieran.

Solo una vez le tocó aplicar sus consejos de forma inmediata, se encontraba ella junto a varios docentes y padres de familia en una reunión académica en la sede de Tablones cuando sintieron el primer estallido. Todos se miraron uno a otros asustados pero hicieron lo mejor posible para seguir con la reunión, hasta que estalló otro bombazo seguido por disparos que retumbaron más cerca de la escuela. Una de las madres comenzó a llorar desesperada creyendo que quizá no iba a volver a su hijo, Anabell corrió a su lado e intentó, durante la media hora que duró el enfrentamiento, calmarla a ella y a otras dos personas que estaban muy nerviosas. Los disparos se empezaron a escuchar más lejos, entonces Anabell se enderezó de donde estaba sentada, respiró profundo y fue al frente del salón “me paré ahí y les dije a ellos bueno continuamos con la reunión y continuamos con el quinto punto que nos faltaba”, añade sonriendo porque desde ese día sus compañeros y algunos padres que estuvieron con ellos ese día, cada vez que se la encuentran le preguntan si quiere seguir con el quinto punto.

### **La familia también lo vivió**

Cuando Anabell llegó a los veintiún años a El Cabuyal solo planeó quedarse seis meses, jamás se imaginaría que allí encontraría el amor, ni que sus hijos se criarían corriendo por las calles del pueblo, así que cuando el conflicto se agudizó ni ella ni su familia pensaron en irse

permanentemente del lugar, pero al estar en una zona de guerra a ellos también les tocó ver de cerca las consecuencias del conflicto. Anabell se acuerda, como si fuera ayer, la noche en que su hijo vio desfilar un río de cadáveres después de un enfrentamiento.

A las ocho de la noche una vecina la llamó a la casa para decirle que no se asustara cuando viera bajar a los uniformados por ahí a las diez, porque iban de camino a enterrar a uno que había caído en combate más arriba, pero que hasta esa hora habían podido bajarlo, “yo le dije: ¡ay! Dios mío porque no me dijiste cuando ya iban a pasar porque ahora no me voy a poder dormir”. Nerviosa se paseaba por toda la casa alternando la mirada entre el reloj y la ventana mientras su hijo mayor le preguntaba qué era lo que pasaba. Cuando vio pasar a los primeros agarró a su hijo y le dijo:

—Papi lo que pasa es esto y esto y si quiere salir y mirar o ponerse a la ventana y mirar papi pues no se lo voy a prohibir, pero no se vaya a poner nervioso o a asustar— le recomendaba ella sin saber cómo actuar, ni qué más decirle a su niño.

Miguel no salió de la casa pero la curiosidad infantil le pudo más por lo que se paró en la ventana y desde allá le decía:

—Mami que pesar, mire cómo murió él, que tristeza que haya fallecido desangrado y que lo tengan que enterrar en la noche. Qué pena que en medio del conflicto se mueran tantas personas —reflexionaba el niño de ocho años mientras veía pasar aquella marcha fúnebre frente a la que ni él ni su familia podían hacer algo. Años más tarde ni a él ni a su mamá se les ha olvidado esa escena, ni la profunda compasión que sintieron por esas almas torturadas.

Sin embargo, eso no fue lo más difícil que Anabell y su familia tuvieron que vivir, más adelante cuando el conflicto ya se había calmado un poco, le tocó rendirles cuentas a todos por una carta que fue enviada a la ciudad, “unas compañeras que querían que las trasladaran hicieron un documento donde se hicieron pasar por mí y dijeron muchas cosas que no eran ciertas y otras que no se podían decir”. Ahí mismo su Director de Núcleo al leer el documento le dijo que se tenía que ir de allá porque la situación era grave, pero Ana se negó a dejar su escuela.

Dos días más tarde, llamaron a la puerta de la escuela y se la llevaron montaña arriba para que le rindiera cuentas por la carta al comandante del bloque guerrillero de la zona “ellos me dijeron que si yo me venía de allá era porque yo había hecho algo,” dice tranquila, pero en sus ojos permanece la sombra de las lágrimas no derramadas. Ana a pesar de que no había hecho nada no sabía si obedecerle a la guerrilla que mandaba en la zona o al estado invisible que se suponía que los gobernaba a todos, pero lo que tenía muy claro era que si se iba era improbable que la dejaran volver.

“Un día mi jefe de núcleo me llamó y me dijo: que pena Anabell pero si usted sigue allá un minuto más su vida corre peligro y ni yo ni el estado vamos a responder por usted”, apenas colgó la llamada Ana buscó a su esposo y junto a los niños empacó todo lo que tenía, contrató al señor de la chiva y montó todo el trasteo rumbo a Palmira, “eso fue muy duro porque ellos me acompañaron hasta cierta parte y me dijeron: donde usted vaya va a estar vigilada por nosotros y yo lo único que le dije fue tranquilo, tranquilo.” Con todas sus cosas amontonadas en un camión llegaron al barrio Municipal que queda casi a la salida de Palmira, se instalaron

en una casa y todos los días Ana iba a la escuela de Tablones donde el jefe de núcleo tenía su oficina para reportarse y dar las clases que fueran necesarias, “yo sentía que a mí me vigilaban, lo sentía cada vez que me asomaba a la puerta de la casa o salía a la calle y yo decía ¡ay! Dios mío protégame”.

Al mes exacto de estar en la ciudad el comandante del bloque la citó en la montaña, antes de irse Ana les dio la bendición a sus hijos y un beso a su esposo por lo que pudiera pasar. “Cuando me llevaron allá arriba eso estaba lleno lleno de hombres armados hasta los dientes”, que la ponían aún más nerviosa “yo les decía y ustedes por qué están tan armados si uno cuando es de morir se muere. Uno de un tiro se muere, no me hagan dar más miedo les decía”, una vez allá se sentó frente a frente con el comandante le dijo “mire qué vergüenza con usted pero yo voy a volver a mi escuela, porque yo no debo nada, ese documento no lo hice, no se quien lo hizo para que los trasladaran pero yo no estoy pidiendo traslado, así que me voy a mi sitio de trabajo”. Sin embargo el comandante y los soldados que los estaban acompañando la miraban con escepticismo sin creer en lo que decía, por lo que Anabell brava se les paró en la raya, “les dije yo voy a volver a mi zona y voy a laborar y mañana hay clase, si ustedes quieren digan que mañana hay clase y si necesitan algo saben dónde encontrarme allá en mi escuela”, terminó con su voz firme de profesora. Ese lunes en la noche Ana llamó al señor del camión, empacó todos sus corotos y con su esposo e hijos se devolvió para la escuela y aquel martes en la mañana los niños después de un mes volvieron a tener clase.

“Yo creo que en medio de todo y en medio del miedo yo me había vuelto fuerte”, dice Anabell con la sonrisa y mirada firmes de alguien que ha logrado una hazaña que muy pocos han

vivido para contar. Después de volver intentó que su vida continuara con normalidad, sabía que había corrido un riesgo no solo al desafiando las órdenes de todos sino también al habersele enfrentado al comandante ese día, pero también sabía que no podía dejar que el miedo dominara por completo su vida, por lo que continuó estudiando y preparándose para sus estudiantes, bajando sola todos los días en moto hasta Palmira a las clases de la especialización y después de regreso a la escuela. Su esposo preocupado por su seguridad le preguntaba si quería que la acompañara “yo le decía no, si me van a matar a mí, que me maten a mí que no te maten también a vos porque quien va a cuidar de nuestros hijos”.

Todas esas tardes en alguna curva del camino, a moto o a pie se encontraba a un par de combatientes que la paraban para la inspección, “cada vez que me los encontraba me acuerdo que yo pensaba ¿será que este es capaz de pegarme un pepazo?”, siempre le preguntaban que a donde iba y por qué y Ana con toda la tranquilidad del mundo les decía que iba a sus clases para después poder enseñarles nuevas cosas a los niños, les daba la dirección y les decía que allá podían ir a comprobar si querían.

### **Los hijos de la guerra**

El conflicto armado en la zona era el gran elefante rosado en la vida de los habitantes, que todos veían y sentían pero que nadie hablaba de él, grandes o pequeños era algo que se evitaba mencionar. Incluso después, cuando la situación de orden público mejoró, ni Anabell ni sus docentes le explicaban lo que había pasado a los niños, “con los niños no se hablaba de eso

porque uno no sabía si alguno de ellos de pronto fuera a la casa y repitiera lo que les decíamos y pues era peligroso”. Lo que Anabell y sus compañeros hacían, sin mencionar bandos, era decirles que Dios los estaba cuidando a todos, y en situaciones como esas donde cualquiera puede estar escuchando listo para acusar, la prudencia se convierte en el valor máspreciado, que se les enseñaban a los niños pequeños desde sus mismas casas, “con el paso del tiempo uno se iba dando cuenta quienes de la comunidad estaban involucrados en estos grupos, por ejemplo en la escuela tenemos una niña que sus papás eran parte de la guerrilla, menos mal la crio la abuela cuando ellos murieron, pero uno no podía decir nada”.

Al contrario de lo que podía creerse los niños de aquel lugar también tienen marcadas las cicatrices de la guerra, unos con más fuerza que otros, recordándole a Anabell que las esquirlas del conflicto llegan lejos sin importar la edad o el sexo. Sebastián, por ejemplo, pagó el precio de una guerra que no era suya y que se llevó a su mamá, que un día salió de su casa enfadada después de pelear con su papá y empezó a caminar hacia la casa de sus padres que quedaba al otro lado de la montaña, esa noche en la otra casa escucharon un ruido al que nadie le hizo caso, a la mañana siguiente el perro de la mamá de Sebastián llegó ladrando, pero nadie lo notó. A ella la encontraron casi ocho días después, tuvo la mala suerte de pisar una mina que alguien puso en la montaña y que terminó con su vida y con la de su hija pequeña, “cuando Sebastián llegó a la escuela, a quinto o sexto, verlo me causó dolor. Sin embargo les conté a los profesores su historia para que se solidarizaran con él, porque a veces uno lo nota como con tanta falta de amor que él quiere estar con uno y no con su clase”, añade Ana con tristeza.

Como la suya hay un sinfín de historias de estos niños marcados por un conflicto que no les correspondió pero que todos han aprendido a sortearlo, a pesar de todo Ana agradece que nunca reclutaran a las filas armadas a niños de sus escuelas mientras estaban estudiando o que le hubieran asesinado a algún pequeño, pero como en pueblo pequeño infierno grande con el tiempo todo se ha terminado sabiendo, “hubo padres que tuvieron vínculos con los grupos, pero los niños nunca y cuando eso pasa uno tiene que ser muy prudente”, dice con seriedad.

“Yo a veces les digo a mis profes, que pena ustedes creerán que soy muy recelosa pero yo a veces no consiento nada con mis comunidades, ni que me las vayan a señalar. Porque uno se sienta, dialoga y mira lo que puede hacer por el estudiante porque a veces solo miran los defectos de los niños, de los padres de familia, de lo que sucede en la escuela, pero hay que aportar un granito de arena para mejorar todo”, responde Ana sonriente ya que sus años de experiencia le enseñaron que para evitar problemas el compromiso con su labor docente es la mejor arma, “yo les decía que si nosotros desarrollábamos nuestra labor educativa con convicción, con pertenencia a nuestra sede educativa nada nos iba a pasar” y efectivamente nada les pasó.

### **Las enseñanzas de oro**

“Usted sabe que como la escuela es abierta allá entra el que quiera y un día llegaron los manda más y a mí me dijeron que era muy verraquita porque yo me había enfrentado a ellos”,

añade entre nerviosa y orgullosa esta mujer 1,58 de estatura, sin embargo asegura que no fue ni su valentía, ni tampoco la imprudencia de la que muchos la culpan, lo que le permitió superar todas estas pruebas, sino que fue el respeto hacia todos y cada uno de los que se cruzó en su camino, “yo siempre respeté todo eso aunque a mí me dolía la muerte de las personas cuando habían esos enfrentamientos. Gracias a Dios ha sobrevivido uno también, porque uno siempre ha tratado de actuar honestamente”, hoy muchos años más tarde Anabell puede decir que ellos la respetaban y no se metían con lo que hacía porque ella siempre los respetó y jamás interfirió con sus planes.

“Pues a uno el conflicto, quiera o no quiera, lo hace ser consciente y más valiente pero uno nunca deja de sentir ese temor y como una sensibilidad de que uno dice Dios mío cuándo va a terminar esto”, agrega mientras se soba el brazo para calmar la piel de gallina en sus brazos. Consciente de que eso no ha sido lo único que le ha dejado la guerra, ella como los niños y sus familias en El Cabuyal ha adoptado a la prudencia como su escudo, prácticamente sellando ese pacto de silencio que casi logra que no participe esta entrevista, “cuando colgué el teléfono mi esposo me dijo Ana ¿y usted va a hablar de eso?, tenga cuidado porque uno nunca sabe”, continúa mientras mira hacia la ventana cuando oye una moto pasar.

Después de 24 años Anabell es consciente de lo que le debe a la comunidad, ya que por ellos y gracias a ellos estudió para superarse y en 1996, antes de que el conflicto se intensificara, se ganó el premio Compartir al Maestro con el que le hicieron reformas a la escuela y construyeron un nuevo salón de clases, “no sé si con el pasar de los años en medio de todas las dificultades uno se enamora del trabajo, del ambiente. Yo les digo a mis compañeros estar

allá es como una balanza entonces yo siempre miro lo bueno, lo otro no lo miro. Cómo se están organizando las personas, el respeto hacia uno, es decir hay muchas cosas que se necesitan en el campo y que a veces uno quisiera como ayudar a suplirlos y hay que trabajar para eso”, añade sonriente, mientras comenta como con los niños y el apoyo de la Fundación Valle de Paz, crearon un fondo rotatorio en el que sus estudiantes participaban activamente realizando juntas administrativas y gestionando los préstamos.

Hoy a pesar de que algunos árboles tienen ojos, oídos y aún se mueven como humanos vigilando la zona, Anabell sabe que ya ha pasado lo peor y por eso sigue visitando las seis escuelas que ahora están bajo su cargo, brindando el apoyo que nunca dejó de prestarles aun cuando su vida se encontraba en peligro.

## **Capítulo IV**

## El miedo no cerró la escuela

A las diez de la mañana los niños de la escuela Atanasio Girardot del corregimiento de Combia salieron al descanso en la cancha que daba hacia la carretera, Fidel el profesor a cargo los observaba desde una esquina. Después de celebrar el gol de uno de los más pequeños vio como una figura se acercaba a toda velocidad por el camino dejando una nube de polvo a sus espaldas.

Como el llanero solitario el hombre apresuraba el galope del caballo mientras gritaba algo que Fidel no alcanzaba a escuchar:

— ¡PROFESOR ENTRE A LOS NIÑOS! ¡ÉNTRELOS QUE VIENE UN TIPO ARMADO!

Fidel corrió a tocar la campana que estaba al lado de la puerta, mientras los niños entraban corriendo a la escuela. Adentro cerró la puerta y los acomodó a todos en un rincón.

— ¿Profe qué pasa? —le preguntaban los pequeños asustados.

—Es que hay alguien armado afuera y por eso no podemos salir, pero tranquilos— les respondía él, acercándose a los que estaban llorando.

Después de media hora de silencio Fidel se asomó por debajo de la puerta y no vio a nadie, esperó un momento más, acercó la oreja para ver si escuchaba algo, pero solo el viento soplaba por la escuela, así que abrió la puerta y salió.

Desde la carretera un hombre lo miraba con un revólver en su mano. A Fidel se le heló la sangre.

— ¡Eh! Buenos días, qué pena no puedo dejar a los niños solos, permiso— le dijo apresuradamente mientras se regresaba a la escuela.

*“Cuando me di la vuelta yo dije me disparó”.*

Combia es una vereda ubicada en la zona montañosa del Valle del Cauca, el clima que rodea las casas de este pueblo de no más de tres calles es húmedo casi frío y es una de las últimas poblaciones del Valle que están antes de que empiece la reserva natural de las hermosas, lugar conocido como el sitio predilecto de la guerrilla para montar su base de operaciones. Está comunicada con el resto del departamento por una carretera angosta y destapada por la que solo suben un par de chivas y uno que otro campero cuyo dueño arriesgado le ha dado más de un golpe por el camino.

Desde que era joven Fidel sintió curiosidad por la labor docente y como vivía cerca de la escuela conversaba a diario con los docentes que por ahí pasaban. Sería en 1983 cuando se vincularía activamente a la escuela siendo apenas un bachiller al que los docentes le ponían actividades para que los ayudara, cuando estaban cortos de tiempo o tenían que hacer alguna diligencia era a Fidel a quien le pedían ayuda para que los reemplazara haciendo que también la población conociera su trabajo y dedicación a los niños, así que cuando faltó un profesor fue la misma comunidad la que hizo la gestión para que fuera él quien lo reemplazara y fue gracias a ellos que hizo sus primeros pininos en esa escuelita.

Sin embargo, la poca remuneración económica por ser solo bachiller hizo que Fidel tomara otro camino, “me vi obligado entonces a no seguir trabajando allá y me vine a la ciudad

donde conseguí otro trabajo que fue de buen provecho para mí y empecé la licenciatura”. En el 2003 se graduó de la Universidad del Quindío y volvió a la escuela de Combia en la que dio sus primeros pasos y en la que, durante los seis años que trabajó allá, viviría la llegada del conflicto armado.

### **Pescando en un río de balas**

Desde 1984 hasta el 2000 a pesar de ser una zona montañosa y apartada de la ciudad, los habitantes de Combia gozaban de una relativa tranquilidad que se vería interrumpida por la aparición esporádica de un par de grupos armados, pero desde los inicios del siglo XXI y durante cinco largos años sus habitantes sintieron a la guerra golpear sus casas, con tanta fuerza que Fidel aún se acuerda claramente la primera vez que escuchó una bomba caer, “cuando cayó sonó muy duro y la tierra se movió. El susto fue muy grande”, asegura con seriedad. Acababa de bajarse de la chiva cuando él y los demás habitantes vieron pasar un helicóptero por encima de ellos, la otra profesora que iba con él se negó a seguir subiendo, pero como sus estudiantes lo estaban esperando Fidel siguió caminando con las demás personas que iban por un lado del camino intentando pasar desapercibidos para que no los confundieran con un objetivo militar y empezaran a dispararles.

Sin embargo, no fue mucho lo que alcanzaron a avanzar antes de que las bombas comenzaran a caer más seguido, “había un alcantarillado y la opción fue meternos ahí porque sonó la una, la otra y ahí estuvimos toda la tarde. Estuvimos metidos ahí del miedo que de pronto si

salíamos nos iba a agarrar un bomba”, dice con seriedad mientras se mira las manos que no han parado de moverse en todo el relato. Solo fueron capaces de subir cuando sintieron llegar a la chiva de las tres de la tarde, sin perder el tiempo todos salieron corriendo del alcantarillado y se subieron al carro sin mirar atrás.

Ese bombardeo marcaría el inicio de la agudización del conflicto en la zona, que continuaría con los asesinatos y desapariciones de muchos campesinos que jamás le habían debido nada a nadie, “era muy duro ver como mataban a la gente que uno había conocido de toda la vida, eso lo impacta mucho a uno”. Uno que otro día en el pueblo cuando apenas iba subiendo a la escuela, le daban la noticia de que una vez más otra persona había desaparecido. Sin embargo fue un viernes cuando ya iba de regreso a la ciudad que lo vio con sus propios ojos ,“un señor muy reconocido de la zona se subió y se sentó al lado mío, sentados atrás nuestro iba una gente armada y bueno ya era normal verlos en la chiva y yo pensé que se quedaban por acá abajo,” la chiva paró como siempre en el estadero en donde las personas se bajaban para comer algo, su compañero de viaje así como los hombres armados se bajaron para estirar las piernas, mientras que Fidel se acomodaba en el asiento, después de un rato todos los que habían descendido volvieron a subir. Fidel iba medio dormido cuando escuchó que ordenaron parar la chiva justo encima del puente, los hombres armados se bajaron pero el vehículo no se movió, de repente se volvieron a subir y mirando hacia donde él estaba sentado le gritaron: —¡Bajáte!—

“yo dije dios mío es a mí, me llegó la hora”, dice mientras Fidel recuerda de nuevo que con lo asustado que estaba no se movió del asiento por lo que los hombres se le acercaron, agarraron de la camisa al hombre que estaba al lado suyo y lo sacaron a rastras de la chiva.

— ¡Ustedes no han visto nada! ¡Y arranquen ya la chiva!— gritó la orden uno de los hombres.

El carro igual de nervioso que sus pasajeros se negaba a prender — ¡POR DIOS ARRANQUE EL CARRO!— le gritaban todos desesperados al conductor, quien al tercer intento logró prenderla. No fue sino que empezaran a cruzar la curva cuando todos escucharon las ráfagas que se les han de quedar grabadas en la memoria para siempre.

Los retenes ya fueran de la guerrilla, el ejército o los *paras* también se volvieron el pan de cada día por el camino que llevaba hasta la escuela, Fidel solo esperaba que si de casualidad le tocaba alguno, quienes estuvieran a cargo anduvieran de buen genio y no los demoraran mucho. No pasaría mucho antes de que sintiera, esta vez más cerca, la mano de la parca sobre su hombro mientras subía hasta su escuela. A las 8:30 de esa mañana el camión en el que él iba se detuvo en el retén que habían instalado los *paras*, de inmediato unos encapuchados se subieron al carro y les ordenaron que se bajaran porque ahí iban guerrilleros y los iban a matar a todos.

Los fueron agrupando en uno de los locales del estadero, habían cerca de cuarenta civiles y un montón de encapuchados, “cuando llegó el mediodía no habían ganas de comer ni de nada, solo la angustia porque nos decían a determinada hora iban a empezar a matar primero por los hombres y luego con las mujeres”, en medio de la angustia tanto Fidel como el resto de

las personas miraban con impotencia cómo seguían bajando a la gente de los carros, cuando pasaron las cinco de la tarde todos soltaron un suspiro colectivo porque la masacre programada para esa hora todavía no había empezado. Más tarde en medio de la oscuridad tenuemente iluminada por un par de linternas y las luces de los carros, los detenidos volvieron a tener esperanza, “como a las diez alguien dio la voz de que todo el mundo se podía ir y empezamos a salir a coger un vehículo, el primero que encontramos, entonces cogimos un camión y nos fuimos en pura para la ciudad”.

En Palmira a las doce de la noche, cuando su familia lo vio cruzar la puerta de la casa le agradeció a los cielos de que todavía estuviera vivo. Sin embargo, ni el sentir de cerca a la muerte dos veces, ni la incertidumbre de no saber si esa iba a ser la última vez que subiera por esos parajes le impedía volver a la escuela para cumplirle a sus estudiantes, “yo creo que otra persona al otro día ya no va pero no, yo dije: no voy a dejar a mis estudiantes que me estaban esperando y al otro día me madrugué a las seis de la mañana y me fui para allá, me pudo más el empeño de seguir en esta carrera que es la docencia que el miedo que generaba esta situación”, asegura sonriendo.

### **La escuela sagrada**

Solo una vez la escuela Atanasio Girardot de Combia cerró sus puertas y suspendió clases, el amor a su labor de los profesores que trabajaban ahí la mantuvo resistente frente al ruido de las bombas que la mayoría de los días sonaban lejanas en las montañas, pero que sus ecos

distantes hacían que Fidel corriera a cerrar puertas y ventanas para resguardar a sus estudiantes, quienes no se acostumbraban del todo al sonido y quienes de vez en cuando en medio de llantos buscaban consuelo en su profe. Con el tiempo, escondidos detrás de las puertas o en los cuartos más alejados de la escuela, el miedo dio paso a un cruel entumecimiento “nosotros ya nos fuimos curtiendo, como familiarizando con eso y ya hasta el punto de que nos parecía como normal”, dice Fidel reconociendo lo ilógico de la situación.

Pero a pesar de que grandes y pequeños conocían la presencia de estos grupos armados en la zona, parecía haber un acuerdo para ignorarlos, ni del conflicto ni de las bombas se habló con los niños para no generarles más temor del que ya podían sentir por los miembros de sus propias familias que de una u otra forma estaban involucrados en las confrontaciones, el tiempo les revelaría a los docentes que muchos de sus estudiantes fueron hijos, sobrinos o nietos de algún combatiente, “no había diferencias en el trato con los niños, para nosotros un niño hijo del conflicto o de una parte o de otra era igual tratado, no había diferencia ni tampoco nos sentíamos presionados porque nosotros en esta carrera de la docencia tenemos muy claro cuál es el trato que se le debe dar a los niños”.

Quizá fuera la presencia de los niños en la institución o que ellos valoraban en serio el trabajo que hacían Fidel y su compañera, lo que hizo que jamás destruyeran la escuela, que con mucho esfuerzo los profes junto a los niños limpiaban y pintaban para que todos estuvieran a gusto en ella y para que fueran los pequeños los que se encargaran de vigilar que jamás le hicieran un rayón, “yo considero que cuando estuve allá mi escuela tuvo un gran respeto, porque era ese centro donde el niño aprendía sus primeras letras, yo allá no veía ni un grafitti

o un escrito en las paredes”, la vida en esta institución, a parte del retumbar ocasional de las bombas, transcurría como si nada en medio de los árboles y matorrales que sus estudiantes veían en las excursiones de ciencias naturales por los alrededores del lugar.

Los niños que perdió la escuela fue porque la falta de trabajo y los desplazamientos por el miedo a ser los siguientes en las listas de ajusticiamiento hicieron salir a muchas familias rumbo a la ciudad, vaciando los pupitres y abandonando el patio de juegos, pero por fortuna Fidel jamás perdió a uno de sus estudiantes porque se le fuera a la guerra, él esperaba que sus enseñanzas los disuadieran de ese camino, “hubo jóvenes de la zona que si fueron a estos grupos, lastimosamente ninguno de ellos vive, con lo difícil que fue el 2004 y 2005 todos ellos murieron. Eran chicos muy queridos de la zona que ya no están”.

Solo una vez, el conflicto armado casi le arranca por completo a dos de sus niños, uno de ellos estudiante de su salón. Al papá de los dos niños lo buscaron para arreglar cuentas de unos negocios conflictivos en los que se había metido y como no lo encontraron ese día, se llevaron a sus hijos, “eso fue muy duro para nosotros porque los esperamos, mandábamos mensajes que los queríamos en la vereda, que los necesitábamos”, pero no tenían ninguna noticia de ellos. Cuatro meses más tarde Fidel se enteró en donde los tenían retenidos, así que armó una mochila con regalitos que él y otros les habían recolectado y se fue caminando hacia el lugar porque no iba a dejar a sus estudiantes estuvieran solos, “me fui sin miedo y caminé hasta que vi la casa y ahí los pude ver, en un momento le hice un despiste a uno y me vio y subió corriendo hasta la montaña”.

El abrazo fue enorme y la sorpresa aún más grande al ver los regalos que el profe les llevaba, “¡AH! que rico profe, hace rato no comíamos esto que nos trajo. ¿y que les dicen? le pregunté de yo de una. Que quince días más y nos podemos devolver, fue su respuesta”. Solo pudieron charlar ese ratito porque no querían tener problemas, después de otro abrazo fuerte, Fidel se devolvió con la misma tranquilidad con la que había llegado, “hoy digo que yo fui muy arriesgado, pero lo volvería a hacer”, termina este hombre, bajito pero fornido, sonriendo.

### **Sin nervios de acero**

A pesar de lo que pudiera parecer y de que el tiempo hubiera curtido a Fidel a la hora de asustarse con las bombas, él y los otros sabían que sus vidas estaban en la línea de fuego cada vez que subían hasta las escuelas, “las medidas de seguridad nos las dábamos nosotros mismos porque el gobierno nada. Nosotros manejábamos las cosas con diplomacia, siendo muy cautelosos”. Pero ni la diplomacia ni la cautela eran suficientes para sofocar ese temor constante sobre sus espaldas, que todos los días hacía que los profesores cambiaran de carros dos o tres veces de camino a la ciudad para evitar ser seguidos y poner en más riesgo a sus familias, “yo miraba una moto detrás mío o a alguien detrás de mí y era el susto más grande. Yo ya estaba traumatizado, tuve que ir al médico, tomar unas pastillas y ya pude seguir, pero era muy duro todo”.

La vez que se sintió más vigilado y desprotegido por todos fue cuando empezaron a llegar los computadores nuevos a las escuelas, la suya solo tenía uno y un día un grupo de seis

hombres llegó tocando a la puerta a ver si lo podían usar. Apenas los vio Fidel se dio cuenta de que no eran *paras* ni guerrilla, tal vez fue la voz ronca y rasposa de uno de ellos o la ropa que estaban usando, pero hubo algo que lo hizo desconfiar, así que cuando le preguntaron si podían usar el equipo, y como en esos lugares muy pocas veces se puede decir que no si se quiere vivir, Fidel les dijo que sí y les abrió para que hicieran lo que tuvieran que hacer mientras él seguía con los niños, “uno de ellos me hizo una pregunta y me dijo: y ¿por qué no gestiona para que le regalen internet u otro computador? y yo le dije: no, en estos momentos pues yo no he tenido tiempo de hacer esa gestión pero esperamos que la alcaldía nos ayude con eso. Pero esa situación yo no la manejo y eso de pedir cosas de otras fuentes yo no lo hago”, después de esa respuesta los hombres solo miraron el computador y se fueron.

Una semana más tarde, en el mismo estadero donde lo retuvieron los *paras*, esta vez los paró el ejército y los bajó para una revisión de rutina “como a 15 o 20 metros estaban dos personas más y un encapuchado, entonces ellos dos se conversaban y me señalaron a mí y me llamaron y yo fui”, allá el encapuchado habló dos veces y le preguntó si conocía a un par de personas. Fidel armado de un valor, para él insospechado, le respondió que ver y conocer eran dos cosas diferentes, que él no las conocía, pero que desde hace tiempo no las veía por esa zona. Sin embargo en ese breve intercambio de palabras notó que algo lo estaba molestando, “esa voz (la del encapuchado) yo la reconocí, así que les dije: esa voz me parece que yo la he escuchado y esas preguntas que me está haciendo las puede responder más usted que yo, porque ya me ha visitado antes.”

Semanas más tarde, preguntando por ahí, varios habitantes de Combia le confirmaron que aquel hombre era un infiltrado del ejército tanteando la zona y viendo quien le colaboraba a quien. “Alguna vez alguien me dijo: usted debería de colaborarnos en esta situación del conflicto y yo le dije el gobierno a mí me mandó a ayudarles a los estudiantes, a que puedan aprender para así poderse defender en un futuro en la sociedad. Esta situación es de ustedes, a ustedes les están pagando por ella, a mí me pagan por enseñar”, responde mirándome a los ojos con fuerza y seguridad.

Hasta el momento el conflicto a Fidel solo le había tocado vivirlo en esas zonas rurales y apartadas a las que muchas de las cosas que gozan las ciudades jamás han llegado, pero fue cuando asesinaron a uno de los líderes campesinos de la zona, que los profesores se dieron cuenta de que el conflicto llegaba a todas partes y que ni siquiera en la ciudad estaban a salvo “las crisis de nervios que me dieron fueron generadas por eso, porque no sabíamos si estábamos haciendo mal, si estábamos haciendo bien. Nosotros nos convencimos de que estábamos haciendo bien nuestra labor educativa, pero el miedo siempre estaba ahí presente.”

Todo para superar esas crisis depende por completo de él, de su bolsillo, su valentía y sus ganas de sacar a los niños adelante. Pero no todos eran tan valientes y ni tan devotos como Fidel con la profesión, ya que muchos de los docentes que llegaban a esa zona, después de un año de labores y de saber que su nombramiento ya estaba asegurado, pedían traslado a la zona urbana, porque ni por error querían enfrentarse a lo que su compañero había vivido.

## **Una vez docente, siempre docente**

Ni las crisis de nervios, ni el miedo, ni siquiera el corazón roto después de ver morir a tantos lograron que Fidel perdiera de vista el papel fundamental del docente en la comunidad, “hubo niños con problemas de sordera que aprendieron a leer y a escribir, eso para nosotros era satisfactorio cuando anteriormente habíamos visto que con menos dificultad algunos niños no podían avanzar en su estudio, pero ver eso, que los hicimos superar sus dificultades era muy satisfactorio” y fue su entrega el motivo por el cual la comunidad siempre trabajó junto a ellos, dando lo mejor de sí mismos para poder dotar a la escuela con lo que necesitaba para seguir dando clases y evitando, quizá disimuladamente y en silencio que cualquiera se metiera con ellos, “el tener la imagen de buen desempeño ante ellos y con los niños era vital para contar con su apoyo y conseguir cosas que hacían falta en una institución rural. Fue para nosotros muy gratificante ver que los padres sí se prestaban para todo evento que generaba una ayuda para la escuela.”

Hoy en día Fidel ya no enseña en la montaña sino en la ciudad, pero los aprendizajes de esa época se le quedaron grabados en la memoria, aún se asusta un poquito cuando ve una moto pasar, tiene que ser cuidadoso en no alterarse para no volver a tener una crisis de nervios y habla pausado pensando y repensando las posibles respuestas, dando esa que esconde el menor riesgo, ya que hace años, cuando él estaba todavía allá arriba, asesinaron a un señor que en un entrevista para televisión, la misma que antes le habían hecho a Fidel, habló de más y sus respuestas comprometedoras le costaron la vida.

Quizá muchas de sus vivencias y de las historias de esa escuela se desvanezcan en la caja fuerte que es su memoria, porque desde ese día aprendió que “hay que hablar con prudencia, porque uno nunca sabe si algo de eso le pueda costar la vida.”

## Conclusiones

### Lo que sus historias nos dejaron

Pareciera curioso como después de más de cincuenta años de que los primeros estudiosos del tema publicaran sus libros describiendo como muchos de los docentes de estas zonas rurales colombianas ni siquiera han terminado sus estudios de primaria, sus salarios son bajos y las escuelas por ratos parecen caérseles encima, la historia se sigue repitiendo en un círculo prácticamente interminable en donde a pesar del tiempo transcurrido estas condiciones han tenido cambios mínimos. Si bien gracias al *Estatuto Docente* de 1970 ahora todos los docentes deben tener un título universitario como pedagogos o por lo menos algún estudio en pedagogía, las demás condiciones de precariedad se siguen manteniendo: los salarios de muchos de ellos les alcanzan para vivir ajustados, ya no son intermitentes como a principios del siglo pasado, pero siguen siendo insuficientes considerando las dificultades en el acceso y el esfuerzo adicional que supone para ellos tener que enfrentarse a situaciones de riesgo.

Por su parte en las escuelas no siempre se cuenta con el material adecuado y se siguen dando casos similares que a principio de siglo, en donde un solo docente tiene que dictar clase a una salón de 30 o 40 personas de todas las edades y en todos los grados de escolaridad, lo que complica el seguimiento del modelo educativo propuesto por el Ministerio de Educación. Por otra parte, el acceso hasta estos lugares en muchas de las zonas es difícil tanto por cuestiones de infraestructura, casi todos los caminos son angostos y destapados, por lo que los docentes tienen que cambiar de vehículo hasta dos veces e incluso caminar varios

kilómetros, los niños quienes también hacen el trayecto también corren el riesgo de pasar por algún campo minado o quedar en medio de las balas. Los profesores están expuestos a los mismos peligros que los pequeños y a pesar de ellos no se han dado por vencidos en su labor educativa.

Sin embargo, a pesar de todas estas condiciones hay algo que no se puede negar y es que la implementación de dicho *Estatuto Docente*, significó una mejoría en la educación colombiana ya que se pasó de nombramientos por amistad a que las exigencias en cuanto a la preparación de estos docentes se cumplieran, fue gracias a esta implementación que tres de los docentes que aparecen en estas crónicas iniciaron su formación profesional y hoy en día tienen diferentes grados de estudio, dando cuenta de que por lo menos algunas de las medidas propuestas por el Ministerio de Educación si tienen buenos resultados.

Los docentes que protagonizaron estas historias fueron guerreros que con una armadura de pasión y entrega pretendieron detener o por lo menos esquivar las balas, nunca esperaron nada a cambio por su labor y ni antes, ni después de los hechos victimizantes que les tocó vivir y nadie, además de sus estudiantes, les reconoció el esfuerzo de seguir en pie dando clases a pesar de los fusiles y el miedo. Sus recuerdos dan cuenta del abandono institucional por parte del estado, no solo en las escuelas sino también en sus vidas, ya que en los catorce años de algunos y los ocho años de experiencia de otros enseñando en estas zonas en medio del conflicto el gobierno jamás se preocupó por su seguridad, a pesar de las denuncias y las cartas enviadas informando de la situación que en el mejor de los casos fueron archivadas, estas autoridades dieron por sentado que los profesores eran intocables o antibalas, por lo que

todas las medidas de seguridad que les permitieron sobrevivir a sus encuentros con diferentes miembros de los grupos armados las crearon ellos mismos, bajo la completa incertidumbre de si sus acciones los iba a condenar o a salvar. Esto contribuyó a la desconfianza estatal que se ha venido germinando en los habitantes de estas zonas durante mucho tiempo, como resultado de estos setenta años de conflicto que empezaron con la persecución a liberales en los años cuarenta, en donde la población vivía con la incertidumbre de si los cuerpos estatales los iban a ayudar o a asesinar, siguieron con los abusos de las fuerzas militares en la época del estatuto de seguridad y que en tiempos más recientes se vio reflejado en las alianzas que algunos militares hicieron con los bloques paramilitares y con la incapacidad por parte del estado de garantizar la seguridad de los habitantes de diferentes zonas del país, quienes se tuvieron que desplazar en varias ocasiones para proteger sus vidas. Acciones y omisiones que de una u otra forma corroboraban lo que ya se creía saber: que el estado no existe en estos lugares.

Hasta el momento, no se les han pedido que hablen de cómo esta situación los afectó a nivel físico y psicológico, sus posibles traumas y dolores como ellos también han sido olvidados y han sido pocas las veces que se les han solicitado a estos profesores recordar cómo se vivió el conflicto desde las escuelas en las que se formaron y se están formando las nuevas generaciones a las que muy posiblemente les tocará vivir un post conflicto. Hacer este ejercicio de memoria comprender si desde la escuela aquellos niños fueron formados en el amor, el odio o la indiferencia es vital para descubrir la forma en que las personas de estas

zonas comprenden el escenario de paz y las posibles acciones a realizar para reconstruir el tejido social del país.

Las vivencias de estas cuatro personas son la evidencia de que el conflicto ha tocado más vidas de las que nos podemos imaginar, de gremios que no están visibles en nuestra sociedad y en la que la población desde el inicio de este se ha convertido en una víctima colateral del fuego, siendo utilizada como escudo de guerra.

A lo largo de estas crónicas se observa cómo las familias que rodeaban a los profesores fueron víctimas de acciones vengativas por parte de estos grupos debido a sus supuestas inclinaciones políticas, tal y como ocurría en los años de *La violencia* con el partido liberal y conservador; también del asesinato de pobladores para difundir el miedo y tener el control de la población, como se hizo en los días de *La violencia*, después en Trujillo en el Valle y en estas historias en Buenos Aires, con la llegada de los paramilitares, que se tomaron la población, impusieron sus reglas e intentaron adoctrinarlos a todos para afianzar su poder, asentando el miedo y la zozobra que ha dominado durante muchos años estas poblaciones y que se traducía en la incertidumbre constante de no saber si esa vez iba a ser la última que subía a la escuela. Pero quienes estuvieron en Buenos Aires, Pradera, Combia y El Cabuyal aprendieron a vivir con ese temor porque para ellos y quizá para muchos colombianos la guerra vino de todas partes, sin embargo, esta costumbre y naturalización del conflicto ha dado como resultado una sociedad desconfiada y temerosa de todos, que vive en una paranoia constante porque no sabe quiénes son amigos y quienes enemigos, que no solo es producto

del conflicto reciente, sino que desde los inicios de la violencia bipartidista ha ido sentando sus semillas, ya que en ese entonces el vecino podía delatar al que usaba la corbata roja.

Hoy a ninguno de ellos le gusta mucho recordar esa época de violencia, porque a algunos los pone a pensar en cosas que a estas alturas ya no quieren responder y a otros porque aún les duelen aquellas horas que pasaron bajo las balas. No fue sencillo conseguir las entrevistas ya que para ellos hablar de lo vivido con alguien externo al conflicto era como romper un acuerdo no estipulado de silencio y olvido. Se cuidan en salud por lo que si no conocen al interlocutor jamás van a hablar de esto y aun conociéndolo toma tiempo conseguir que hablen con tranquilidad.

Las manos de estos docentes se mueven y en ocasiones se aprietan con fuerza para contener el dolor y la indignación que se cuelan en sus recuerdos, y a pesar de que ya no están en el salón de clases se niegan a quebrarse, sus experiencias los han curtido y ahora son casi expertos en controlar ese tipo de emociones que, en aquel entonces, les pudieron costar la vida. Quizá el miedo y la prevención los acompañen el resto de sus vidas, las motos que pasaban a nuestro alrededor o algún ruido fuerte que sonara cerca de nosotros los sobresaltaba, los ponían nerviosos y sus respuestas se volvían algo ensayadas y bien pensadas para no buscarse problemas con nadie, algunos de ellos cuando nombran al ejército, los paramilitares o a la guerrilla, lo hacen con prevención, casi con miedo porque aún tantos años después saben que al identificar a alguno de ellos pueden ganarse problemas.

Llegar a las escuelas de sus recuerdos fue un viaje a un Valle del Cauca diferente, frío, montañoso y húmedo, de caminos curvados y destapados, muchos de los cuales fueron contruidos con sangre que llevan a la tierra donde muchos te saludan amablemente, pero donde otros te miran a través de las cortinas de las casas con temor. Los pobladores de estos lugares hablan con naturalidad de metrallas, enfrentamientos y aviones fantasma y mientras que yo, sorprendida, me daba cuenta de que una de las escuelas estaba en medio de dos montañas desde las que se disparaban unos y otros, los campesinos desechaban mi conmoción con la mano mientras me contaban cómo habían aprendido a identificar los tipos de detonaciones para saber qué hacer en cada caso. Yo me preguntaba por la cantidad de ráfagas que tuvieron que escuchar para curtirse de esa manera.

Todos estos docentes están lejos de tener una apariencia ruda, casi siempre sonrien, tienen caras de buena gente y algunos ya tienen canas. Sin embargo, a pesar de las diferencias, todos ellos tienen cierto tipo de tranquilidad en su mirada, que me hizo preguntarme si ya llegaron a una paz con el dolor de ese entonces, ellos que hablan pausado y sin prisa, me abrieron las puertas de sus casas, me contaron casi siempre sin querer, entre una pregunta y otra los momentos más difíciles de sus vidas y sobretodo me demostraron que la vocación y el amor por lo que se hace es más grande que el miedo.

A medida que iba escuchando sus historias me di cuenta de que no merecían quedarse en el olvido y que debían romper esa cadena de silencio, no porque fueran dolorosas y realzaran

una vez más los daños de nuestro conflicto colombiano, sino porque detrás de todo el dolor y las situaciones límite que ellos vivieron se esconden personas con una valentía de acero que dan cuenta de una sociedad que todavía puede reconstruirse a pesar de lo que le ha pasado.

Las cifras en este trabajo me parecieron innecesarias, tenemos muchas de ellas y nos hemos acostumbrado a verlas, escribirlas y leerlas cuando hablamos del conflicto armado, reduciéndolo todo a números separados por puntos y comas que se olvidan o confunden cuando pasamos la página. De acuerdo a la Unidad de atención y Reparación integral para las víctimas, Colombia tiene 7.712.014 de víctimas registradas, sus rostros casi no se conocen y a muy pocos les ha importado ir más allá de contar la tragedia, sin embargo, el periodismo está para informar más allá que eso, ya que por medio de él podemos ponerle un rostro a estos números, acercándonos a aquellos que hacen parte del mismo país pero que han vivido en esa otra Colombia oscura y violenta, lejos de nuestras junglas de pavimento. La función social del periodismo está en permitirnos conocer lo que pasa a nuestro alrededor y narrarnos que es lo que ha pasado en esta Colombia que es más que cifras como un acto de rebeldía frente al olvido, en pro de la memoria y en busca de una historia en la que el protagonismo no lo tengan ni los buenos ni los malos sino aquellos que estuvieron en medio de los dos y que conocen, han vivido y entienden lo inimaginable. El no rescatar estas historias que son la prueba de que el país a pesar del dolor ha ido saliendo adelante, nos dejaría en una oscuridad cuyo resultado es una historia parcializada y mentirosa, donde el que la cuenta enaltece sus victorias y justifica sus abusos.

Para quienes como yo el conflicto no era más que una noticia en la televisión o una cifra triste en los periódicos, escuchar como Don Federico, que llegó a saludarme como si nada le preocupara en este mundo, tuvo que tirarse encima de su nieto para protegerlo de las bombas que le cayeron del cielo, hizo que mi corazón más de una vez se hiciera pequeño por la emoción, me maravillé con la valentía de estos docentes, quienes eran personas normales forzadas a vivir situaciones extremas de las que salieron con vida y hoy pueden contar con orgullo. Estos cuatro docentes, así como muchas de las personas de los pueblos donde trabajaron, ya no saben si creer y confiar en el gobierno que les ha dado la espalda, que los ha victimizado más veces de las que los ha protegido y que pareciera no interesarse en ellos, pero si creen en la paz y esperan ansiosos que esta llegue pronto a sus campos que han visto caer a tantos.

Sus historias, su entrega y su supervivencia dan cuenta de un país resistente, capaz de caerse pero también de levantarse, en el que es necesario escarbar en este tipo de escenarios para entender en qué lugar estamos y hacia dónde podemos avanzar y en el que no nos podemos olvidar de aquellos sin los cuales la educación no podría ser posible: los docentes.

## BIBLIOGRAFIA

- Esteve, J. M. (2005). Bienestar y salud docente. *PRELAC No.1*, 117-133.
- Freire, P. (2001). *Política y Educación 5ta Ed.* México: Siglo XXI Editores.
- Martínez, A., & Unda Bernal, M. (s.f.). El maestro y su formación: del devenir moderno al devenir contemporáneo. *Educación y Ciudad IDEP*, 119.
- Castells, M. (1996). *La era de la información Vol 1: La sociedad red.* Madrid: Alianza.
- Castells, M. (2008). Creatividad, innovación y cultura digital. Un mapa de interacciones. *Revista Telos: Comunicación e innovación*, 50.
- Colombo, F. (1997). *Últimas noticias sobre el periodismo.* Barcelona: Anagrama.
- Habermas, J. (1987). *La teoría de la acción comunicativa Vol 1: Racionalidad de la acción y racionalización social.* Madrid: Taurus.
- Kovach, B., & Rosenstiel, T. (2003). *Los elementos del periodismo.* Madrid: Ediciones El País.
- Martínez, T. E. (1996). Defensa de la utopía, discurso ofrecido en el seminario Taller de Situaciones de crisis en medios impresos., (pág. 2). Bogotá.
- Ramonet, I. (18 de Enero de 2013). Ignacio Ramonet: Los nuevos retos del periodismo y la comunicación. (R. Zibechi, Entrevistador)
- Sunkel, G. (2002). Una mirada otra. La cultura desde el consumo. En D. Mato, *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder.* Caracas: CLACSO Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales .
- Terrero, J. M. (06 de mayo de 2006). *Teoría de comunicación.* Obtenido de [http://www.riial.org/espacios/teoriacom/teoriacom\\_docbase.pdf](http://www.riial.org/espacios/teoriacom/teoriacom_docbase.pdf)
- Terrero, J. M. (06 de Mayo de 2006). *Teoría de comunicación.* Obtenido de Red informática de la iglesia de américa latina: [http://www.riial.org/espacios/teoriacom/teoriacom\\_docbase.pdf](http://www.riial.org/espacios/teoriacom/teoriacom_docbase.pdf)

- Abierta, V. (27 de Marzo de 2015). *El Quintín Lame tomó y dejó las armas por su comunidad*.  
Obtenido de Verdad Abierta: <http://www.verdadabierta.com/desmovilizados/5683-el-quintin-lame-tomo-y-dejo-las-armas-por-su-comunidad>
- Cardona, J. (2014). Prisioneros o secuestrados. En J. Cardona, *Diario del Conflicto*. Bogotá: Debate.
- Celis, L. E. (7 de julio de 2014). *Origen, auge y declive de la segunda guerrilla del país*. Obtenido de El Espectador: <http://www.elespectador.com/noticias/paz/origen-auge-y-declive-de-segunda-guerrilla-del-pais-articulo-502305>
- Masacres en el modelo colombiano impuesto por los paras*. (s.f.). Obtenido de Verdad abierta: <http://www.verdadabierta.com/nunca-mas/202-masacres-el-modelo-colombiano-impuesto-por-los->
- Palacios, M. (1995). A la sombra de la violencia. En M. Palacios, *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875 - 1994* (pág. 193). Bogotá: Norma.
- Semana. (08 de agosto de 1999). *Marquetalia 35 años despues* . Obtenido de Semana: <http://www.semana.com/especiales/articulo/marquetalia-35-aos-despues/39734-3>
- Semana, E. (23 de 06 de 1997). *El proceso 8000*. Obtenido de Semana: <http://www.semana.com/especiales/articulo/el-proceso-8000/32798-3>
- Verdad abierta*. (s.f.). Obtenido de Entra en vigencia justicia y paz: <http://www.verdadabierta.com/timeline/244-la-historia/auc/2388-documentos-exclusivos-asi-se-frago-el-acuerdo-de-paz-con-los-paras>
- Corporación Nuevo Arco Iris. (2009). *Monografía Político electoral Departamento de Valle del Cauca 1997 a 2007*. MOE.
- Olabuénaga, J. I. (2012). *Metodología de la Investigación Cualitativa* . Universidad de Deusto.
- Taylor, S., & Bogdan, R. (1984). *Introducción a los Métodos Caulitativos de Investigación*. Buenos Aires Argentina: Paidos.
- Fundación Ideas para la Paz; USAID; Organización Internacional para las Migraciones. (2014). Área de Dinámicas del Conflicto y Negociaciones de Paz. Unidad de análisis 'SIGUIENDO EL CONFLICTO' - BOLETÍN # 72. *DINÁMICAS DEL CONFLICTO ARMADO EN EL SUR DEL VALLE Y NORTE DEL CAUCA Y SU IMPACTO HUMANITARIO*.

Niño Zafra, L. S., & Díaz Borbón, R. (s.f.). *Formación de educadores en Colombia*. Obtenido de Universidad pedagógica Nacional:

[http://www.pedagogica.edu.co/storage/ps/articulos/pedysab12\\_04arti.pdf](http://www.pedagogica.edu.co/storage/ps/articulos/pedysab12_04arti.pdf)

Ocampo, J. F. (2009). Fecode cincuenta años: una historia en defensa de la educación pública. *Educación y Cultura No.82*.

Oidor, C. A. (Enero - Junio de 2012). Anatomía del conflicto armado en el Valle del Cauca durante la primera década del siglo XXI. *Revista Científica Guillermo de Ockham.*, 10(1), 83-99.

Rendón Lara, D. L., & Rojas, L. I. (Mayo de 2004). *Unescodoc*. Obtenido de La formación de docentes en Colombia. Estudio diagnóstico:

<http://unesdoc.unesco.org/images/0013/001399/139926s.pdf>

Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas. (2013). *Valle del Cauca: Informe departamental de hechos victimizantes a 2012*. Cali.